

Ilustracion

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

AÑO XIV

← BARCELONA 2 DE SEPTIEMBRE DE 1895 →

Núm. 714



EXCURSIÓN AGRADABLE, cuadro de Alonso Pérez

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Germán Hernández Amores*, por R. Balsa de la Vega. — *¡Oh felices tiempos! (episodio de 1825)*, por Angel R. Chaves. — *Matanza de misioneros en China*, por X. — *Nuestros grabados. — Miscelánea.* — *Las dos banderas*, novela original de Florencio Moreno Godino, con ilustraciones de J. Cabrinety. — *Nuevos rumbos de la ornamentación moderna.* — Libros recibidos.

Grabados.—*Excursión agradable*, cuadro de Alonso Pérez. — *Germán Hernández Amores.* — *Estatua de D. Elenterio Maisonnave*, obra de Vicente Bañuls. — *La Eternidad anunciando al siglo XIX que se acerca su fin*, escultura de Juan B. Font. — *Los caballitos del Tío Vivo en San Isidro (Madrid)*, cuadro de Manuel Domínguez. — *Caza de tigres en la India*, dibujo de Hugo Ungewitter. — *Edificios de la sociedad de misiones en Ku-chen, Vista de esta ciudad y El misionero protestante R. Stewart y su esposa.* — *Los convulsionarios en Marruecos*, cuadro de Simoni. — *Melancolía*, cuadro de J. M. Strudwick. — *Canto religioso, Falda de Sierra Morena, Un niño*, tres cuadros de Tomás Muñoz Lucena. — Seis grabados de ornamentación. — *Joven de la Selva Negra*, dibujo de Hugo König.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Utopías extravagantes. — Las teorías de Tolstoi. — Comunidad empeñada en realizarlas y en vivir conforme a ellas. — Disolución de la Comunidad. — Estado de Oriente. — La cuestión macedonia. — Combates á muerte por la influencia sobre tal región entre búlgaros, serbios, rumanos y helenos. — Títulos superiores de los griegos. — Recuerdos históricos. — Reflexiones políticas. — Conclusión.

I

No es cosa tan llana como suele parecer un ejercicio continuo del pensamiento á derechas. Quienes no piensan, tampoco yerran. Quienes cosa ninguna imaginan, jamás fantasean. Pero los que, visitados á la continua por una inspiración afluyente, la cual diríase del cielo bajada, se dan mucho al pensamiento, contraen la utopía con suma facilidad y el error, convertidos en crónicas enfermedades, irremediables al transcurso del tiempo, cuando parecían comenzar por pasajeros achaques. No conozco ningún filósofo tan corroborador por sus obras de tamaña verdad, como aquel á quien pusieron los franceses de moda en sus preferencias forzadas por la grande Rusia, ninguno como Tolstoi, cuyas obras, vertidas á las lenguas de Occidente, entre los aplausos de numerosos admiradores, provocan asombro por la magistral factura y repugnancia por los innumerables errores. Imposible desconocer las proporciones épicas de un relato histórico tan maravilloso como *La Guerra* y más imposible negar el interés despertado en todos los corazones por novelas como *La Sonata de Kreutzer*. Tolstoi es un artista y un filósofo metidos en su personalidad. Al artista no hay que regatearle aquellos tributos de admiración demandados por la estricta justicia. Pero del filósofo y del pensador precisa decir que yerra, y yerra gravemente. Como los comunistas, por exceso de amor al bien, trae Tolstoi el mal sobre la tierra. Quiriendo realizar el sermón de la Montaña en toda su pureza, engendra con toda su piedad el pecado. Párese á esos infelices aladillos seres, cuyo instinto conservador marra en términos que, para granjearse la luz y el color indispensables á su breve vida y á su diminuto cuerpo, se meten dentro de las llamas.

II

Diga cuanto quiera el pesimista ruso, nada como vivir. Estos resplandores en que nadamos; el aire vivificador; el suelo fecundo en frutas y flores; la sangre que circula por las venas y el éter que circula por los espacios; la ciencia cargada de ideas y el arte de inspiraciones henchido; el amor y la familia y la humanidad y la religión, como la Naturaleza, convidan á vivir, no sólo en este planeta medio, donde vamos embarcados por lo infinito y hacia la eternidad, en aquellos otros metamorfoseos escondidos tras la muerte á que llamamos la vida eterna.

III

Pero Tolstoi se ha empeñado en creer la vida un don funesto y en predicar la nirvana, ó sea el suicidio universal, para lo que anatematiza el matrimonio, la unión amorosa de los dos sexos, que los humanos creen generalmente la mayor felicidad posible, y condena la generación que perpetúa el mal sobre la tierra, poblándola de seres venidos á esta irremediable desgracia y dolor que se llama vida. Una socie-

dad sin leyes, ni tribunales, ni gobierno, realizaría el ideal de Tolstoi, que rechaza toda coacción para el ejercicio de la virtud humana y para el cumplimiento de la verdad evangélica; y según él, un voto mutuo de castidad entre los sexos, atajando la reproducción de nuestra especie, apresuraría la hora del juicio final y por lo mismo el momento de la eterna bienandanza. El mal y el error contagian á las gentes de manera que algunos moscovitas, deseosos de hacer la experiencia, fundaron una comunidad de hombres y mujeres, calcada sobre los pensamientos de Tolstoi. Ningún gobierno en ella. Ese organismo del Estado hay que considerarlo como una superfetación monstruosa, producida por la debilidad de generaciones infantiles, que necesitan autoridad y fuerza externas para la interna coexistencia y correlación entre todos sus derechos. Nada tampoco de tribunales. Cuantos tienen propia conciencia, no han menester de ajenos magistrados: la supresión del gobierno se completa con la supresión del juez. Toda ley queda prohibida en la Comunidad, á que no daremos el merecido nombre de manicomio. Basta con los códigos naturales y con aquellos aportados al nacer por cada espíritu individual para que la vida marche como una seda. Pero lo que precisa condenar ante todo y sobre todo es la egoísta familia y su fundamento, el matrimonio. La perfección suprema se halla, según Tolstoi, en las mutuas abstenciones de toda relación amorosa entre los sexos. Así la humanidad se lavará del sensual goce y entrará como espíritu puro en la gloria eterna.

IV

Parece imposible que hubiera quien creyese posible poner por obra y en práctica tal número de disparates, opuestos á todas las leyes naturales y morales del mundo. En Rusia existe una propensión incurable á fundar sectas. Desde los origenistas que acostumbran á mutilarse para extirpar los instintos sexuales por creerlos opuestos á su perfección, hasta los diabolizantes que traen al diablo del infierno entre ataques de penosa epilepsia, existen sectas numerosas, capaces de las mayores extravagancias y adoradoras de las más descabelladas doctrinas. Hubo, pues, allí comunidad á lo Tolstoi. En vez de mormones americanos practicando la poligamia ó de mujeres indias practicando la poliandria, reuníanse hombres tan forzosamente castos como nuestros frailes y mujeres tan forzosamente castas como nuestras monjas. Sin gobierno, sin policía, sin magistratura, sin leyes, sin familia, sin amor, sin matrimonio, ¡cuán extraña la vida! ¡Qué sociedad tan absurda! ¡Qué seres humanos tan contrahechos por la utopía y tan opuestos á los hechos en el paraíso por Dios y extendidos luego por la tierra.

V

Así era imposible que tal sociedad se fundara; y de fundarse, imposible que tal sociedad pudiera durar. Con efecto se fundó y no duró. Siendo yo muchacho, traté á varios comunistas, aunque siempre me repugnaran sus creencias y sus sentimientos. Pero debo decir que todos ellos predicaban la comunidad y no ponían en práctica nunca lo predicado. Cansados cierto día, no obstante su inercia, de teorizar y no hacer, fundaron su convento comunista y decidieron que dirigiese cada cual ó guisase la comida en una semana, y comieran todos á gusto del director de cocina que les tocara en sucesivo turno semanalmente. Tocóle guisar á cierto comunista que gustaba mucho de plato tan sabroso como los huevos con tomate, y que hizo por ende un almuerzo en verdad apetitoso, con absoluto predominio de su manjar preferido. Pero como á los demás no les gustaba de igual guisa, para ocurrir al contratiempo de comer contra su paladar y su estómago, disolvieron la sociedad y se marcharon todos por sus respectivos lados en virtud del derecho individual de cada uno. La gula disolvió el convento de los camaradas comunistas españoles: el amor ha disuelto la comunidad de Tolstoi. Estos seres abstractos, que creían posible vencer los más imperiosos mandatos de la Naturaleza, estas mujeres y hombres de tan resuelta castidad, se han visto y se han casado.

VI

Más vale así. La utopía no puede nada contra la Naturaleza. Pero confesamos que solamente á locos

podía ocurrirse una sociedad semejante. Así, en las tierras orientales todos los asuntos se intrincan de un modo deplorable y todos toman á una el aspecto de pavorosos problemas. Degüellos de misioneros ingleses y alemanes en China; paseos del hijo de los emires afganos por Inglaterra; crímenes de los fanáticos en Arabia; quejas de los armenios repetidas por un tornavoz tan resonante como la palabra de Gladstone; maniobras é intrigas del rey de Rumanía para ingresar sin peligro de su corona en los conciertos de la triple alianza; entrevistas del reyezuelo de Servia con los jefes radicales en requerimiento de una reforma constitucional; arribo del príncipe Fernando á Sofía con riñas y muertes sobre la tumba de Stambuloff, quien tiene así holocaustos humanos para su cadáver como los ofrecidos por las luchas de gladiadores al despojo insepulto de cualquier César romano en sus funerales; reacción popular búlgara contra las sibilinas frases del metropolitano Clemente pidiendo para satisfacer al czar, ó la triste abdicación del monarca reinante, ó el bautizo griego propinado al príncipe heredero contra la voluntad y la fe salidas de sus católicos padres; competencias cada día mayores de los transylvanos con los magyares que no quieren sumarse dentro de una sola nacionalidad; congreso de pueblos esclavones amenazador á las otras razas en aquellos territorios; dificultades cada día mayores y más insuperables en Austria para tener atados sus pueblos por el nudo personal de un emperador querido, y dificultades en el sultán para conservar una corona que le arranca de las sienas el soplo de nuestro espíritu moderno: he ahí las cuestiones de Oriente. Pero ninguna cuestión está preñada de tantos peligros como la cuestión macedónica. Este viejo territorio, donde resumió en la corte de Filipo el inmortal Aristóteles toda la ciencia helénica, y desde donde irradiara el helenismo por Asia merced al genio sintético de Alejandro, cuenta hoy tal número de rivalidades entre las potencias balcánicas y danubianas, ó próximas del Balkán y del Danubio, que tememos verlas desatando sobre nuestras frentes la plaga espantosa de una guerra universal. Quiere á toda costa el imperio de Austria un puerto como Salónica; el principado búlgaro un predominio nacido de su vecindad primero y después de sus antiguas irrupciones; el reino servio la resurrección de gloriosa tutela, evocada con el recuerdo de los tiempos en que su imperio sustituía con ventajas al viejo imperio bizantino; el reino rumano una parte ó el todo de su posesión por el sinnúmero de gente moldovalaca que abrigan sus montañas, mientras los griegos dicen que allí radica el Olimpo de sus dioses, los cuales fundaron á Grecia, el pensamiento de un filósofo á cuyo soplo aún se anima hoy la Iglesia de Occidente y se dora la tiara del Papa, presentando así los títulos de su antiguo dominio en Oriente ganado por la falange macedonia que se regulaba por el ritmo cadencioso de su geometría y el número pitagórico de su aritmética, llevando el genio ateniense refugiado dentro de su alma y el verbo platónico en sus labios vibrante por toda la extensión del viejo mundo oriental.

VII

Lo cierto es que las faldas del Olimpo, cuyas vertientes miran al Norte, pululan de partidas; que las tribus de Thesalia, recién sumadas á Grecia, tras el tratado de Berlín, tiran de los macedones, con quienes son vecinos, hacia el regazo de la común patria helénica; que las familias búlgaras pugnan por conseguir del gran turco un aumento de sus escuelas y de sus iglesias en Macedonia; que la muerte de Stambuloff se ideó y se perpetró por macedones sublevados contra la resistencia del estadista consumadísimo á sus tristes aventuras, y que las maniobras de Rusia en Sofía se atribuyen al temor de que los conflictos de Macedonia susciten de nuevo la cuestión oriental, y suscitada la cuestión oriental, se quede, como en las guerras anteriores, detenida y refrenada delante del objeto de todas sus ansias, la Constantinopla de sus antiguos ensueños y la Santa Sofía de sus seculares supersticiones. Ninguna de las alteraciones que pueda sufrir Macedonia nos aterraran á cuantos pugnamos por el progreso humano, si no trajesen aparejada una guerra europea; pero temiendo mucho á esta plaga, nos despedimos hoy de los asuntos orientales dirigiendo votos al cielo por la estabilidad y por la paz.

San Sebastián, 20 de agosto de 1895.



HERNANDEZ AMORES



SEMBLANZA

Cuando al morir un hombre va con él al sepulcro el último defensor de una fuerza intelectual que tanta importancia ha tenido en la cultura europea, y especialmente en el arte, como la escuela llamada clásica, aportada al mundo de las ideas por los enciclopedistas, difundida por los Diderot, Chenier, Voltaire y veinte más en la literatura y la poesía, por los David é Ingres en la pintura, por los Torwaldsen en la escultura, y después por sus secuaces en España, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, en fin, en todo el mundo civilizado, bien merece ese hombre que se le recuerde, como seguramente le recordará en sus páginas la historia del arte español.

Más de una vez al mirar yo á aquel ferviente adorador de Ingres, de Rafael, de Fidias, y contemplando las diversas manifestaciones de las artes plásticas de estos últimos tiempos en las Exposiciones nacionales, parecíame ver una de aquellas silenciosas y colosales esfinges egipcias que á través de docenas de siglos llegan hasta nosotros para demostrarnos con su existencia la vitalidad que en un tiempo tuvo una cultura de la cual sentimos todavía sus influjos. ¡Ah! Las ideas, al encarnar en las sociedades, cumplen siempre un destino; ninguna pasa por la realidad sin producir su fruto; y grande ó pequeña su influencia en el desarrollo de la actividad humana, aquellos hombres que se pusieron al servicio de esas ideas merecen los honores reservados á los bienhechores de la humanidad. Pero cuando nuevas ideas, que brotan al calor de aquéllas — porque no hay idea sin idea, como causa sin causa, — la arrollan y obscurecen; cuando la vida de la inteligencia ha menester abandonar fuentes de energías que se agotan, para beber en nuevos manantiales; cuando los hombres y las obras de esos hombres, que un día sirvieron para empujar y sostener en su constante anhelo de avance á la civilización, se convierten por virtud de ese mismo avance las segundas en ruedas, inútiles ya, de una gran máquina, y los primeros, si como Germán Hernández viven, en testigos de su propia decadencia y por último de su muerte para la obra del progreso, entonces esos hombres merecen la doble simpatía que se le concede al que luchando ha cumplido su deber, y que ya inválido y caduco espera con noble entereza el momento de desaparecer para siempre de la tierra, sin que la humanidad vuelva atrás la mirada para ver adónde cae.

Y Germán Hernández fué uno de esos hombres.

* *

Recuerdo, como si hubiese sido hace una hora, la noche en que conocí al último de los defensores de

la escuela clásica en España.

Hace de esto veinte años (¡cómo corre el tiempo!). Me había matriculado yo, recién llegado de Compostela, en la Escuela central de Artes y Oficios, en la clase de dibujo de figura y de adorno, clase nocturna, con objeto de proseguir mis estudios literarios por el día. El catedrático era D. Germán y á él me presenté. Apuntó mi nombre y me preguntó á qué oficio ó industria me dedicaba; díjele la clase de mis estudios, y mirándome con gran curiosidad me dijo:

— Hombre, me alegro que aprenda usted á dibujar, y que comience usted ahora, porque todavía es usted un jovencillo y este aprendizaje requiere la adolescencia. Voy á darle á usted un modelo especial. Pasaron dos ó tres meses, y una noche al ir á corregir mi dibujo, me dijo:

— Usted siente muy bien el dibujo. ¿Le gusta á usted el arte clásico?

Al otro día fuí á su casa; sobre una mesita colocada en el centro de su salón estudio, tenía dos ó tres libros que trataban del arte griego y de los tres grandes maestros del Renacimiento, Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci. Hablamos de arte, de historia de Egipto, de Grecia, de Roma, de los trágicos helenos. Aquel hombre conocía la literatura clásica de un modo profundo. Simpatizamos, porque yo también, empapado por aquel entonces en esos estudios, miraba con amor el arte sublime de los Sófoeles y Esquilos y de los Fidias y Apeles.

Pasaron años. Una tarde le vi muy preocupado revolviendo libros, pues poseía una de las más numerosas y escogidas bibliotecas de Arte que he conocido.

— ¿Qué va usted á pintar, D. Germán?, le pregunté.

— No voy á pintar, me dijo. Voy á escribir. ¿Verdad que es extraño que un artista español escriba? Pues yo voy á hacerlo, para salvar del compromiso en que se halla la Escuela de Artes y Oficios, que en la inauguración del próximo curso no tiene á nadie que cumpla el deber reglamentario de escribir el discurso.

Y en efecto, escribió el discurso y lo leyó. El ministro de Fomento, que presidía el acto, y que si no recuerdo mal era el conde de Toreno, escuchó atentamente la lectura, y él fué quien primero aplaudió la obra magistral de Hernández.

— ¿Cómo es que usted no ocupa la dirección de la Escuela?, le pregunta el ministro.

— ¡Excelentísimo señor, contesta Hernández sonriendo, por dos razones..., la segunda porque amo el pasado.

El discurso se tradujo al francés, al alemán, al italiano y al inglés. En España no lo conoce nadie.

Visitaba un día una exposición particular, donde se exhibían cuadros de las firmas mejores de la pintura contemporánea.

— ¿Qué le parece á usted, maestro, le pregunta cariñosamente Plasencia, el cuadro de Fulano? (el cuadro aludido representaba un contraste terrible de las desigualdades humanas, y era obra de un ilustre pintor, que aún vive felizmente).

— Que es una obra hermosa.

Un majadero que escuchaba el diálogo y que también pintaba (cuadros, naturalmente) interviene en la conversación, echándose de chistoso, y dice:

— Esos cuadros no los pintan los «clasicos».

— Ni los tontos, contesta Hernández volviéndole la espalda.

La primera vez que presentó su candidatura para

una vacante de académico de la de San Fernando lo derrotaron, y la derrota la debió á su enemistad con los Madrazos.

— No comprendo por qué han derrotado á usted, le decía un amigo. Porque sus ideas de usted no son heterodoxas.

— Cuestión de humores, repuso el maestro.

Poco tiempo después lo eligen por gran número de votos jurado de una Exposición nacional, juntamente con D. Federico Madrazo, que obtuvo bastantes menos; y el mismo amigo le dice:

— D. Germán, la gente joven, á pesar de no estar conforme con sus ideas de usted, le otorga más confianza que á Madrazo.

— Cuestión de lugares.

— ¿Cómo cuestión de lugares?, interroga el amigo no comprendiendo la respuesta.

— Le he dicho á usted, cuando usted se extrañaba de que no me hubiesen elegido académico, que la derrota era por «cuestión de humores.» Ahora le digo á usted, contestando al comentario que usted hace por lo de haber obtenido yo más votos que Federico, «cuestión de lugares;» y esto es claro. Los que me eligen comulgan en una iglesia enteramente opuesta á la mía, pero saben que yo comulgo y que tengo ídolos; en cambio, nadie sabe á qué comunión pertenece Madrazo, pues está como el *sursum corda*, en el aire.

* *

Recuerdo entre varios de sus rasgos de buen humor, uno que además del humorismo le valió ponerse rojo á cierto pintor de fama que en la casa del por entonces presidente del Consejo de ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, se chanceaba respecto del cuadro *Sócrates reprendiendo á Alcibiades*.

A la figura de la cortesana, en cuyos brazos está el general griego, medio se le ve uno de los pechos, pues la túnica que viste aparece escurriéndose de los hombros, descansando ligeramente, antes de caer por completo — y esto se supone racionalmente, — en el pecho izquierdo. Debo advertir que á la conversación asistían señoras.

— Vamos, D. Germán; bien ha podido usted hacer que á la cortesana griega, dijo el artista, se le escurriese más la túnica.

— ¡Qué quiere usted! A usted le gusta escurrirse y á mí no. Cuestión de gusto.

* *

Como hombre de convicciones artísticas, baste recordar el siguiente diálogo, ya referido por mí en otro lugar, pero que traslado de nuevo á estas columnas porque bien merece ser conocido de todos.

Paseábase Germán Hernández una tarde por el Palacio de la Exposición de Bellas Artes, acompañado de un amigo, y miraba silencioso los cuadros expuestos en una de las salas, cuando el acompañante le interrogó así:

— Pero ¿ve usted, maestro, cómo se han equivocado; todos ó casi todos los han pretendido pintar el aire libre, *le plein air*?

— Se han equivocado en algo más, contestó.

— ¿En los asuntos?

— En algo más.

— Bueno; no hablemos del dibujo, prosigue el acompañante, echando de soslayo una mirada á un gran lienzo que estaba colocado en medio de una de las paredes.

— En algo más todavía.

— ¡Pues diga usted que se han equivocado en todo!

— Sí, puesto que no tienen el concepto de lo que es arte, belleza, pensamiento. Sí, han equivocado á Friné con Maritornes. ¡Figúrese usted qué equivocación! Friné, el prototipo ó poco menos de la belleza plástica, de contornos delicados, de curvas imposibles de apreciar por su blanda suavidad, y al propio



Estatua erigida en Alicante á la memoria de D. Eleuterio Maisonnave, obra de Vicente Bañuls, fundida en los talleres de Federico Masriera, Barcelona.

tiempo una mujer de tanto talento y de tanto gusto como Aspasia; y Maritornes, una manchegota, cuadrada de espaldas y cargada de ellas, pesada como una vaca, con los ojos, uno anegado en llanto y otro invadido por los humores. ¿Le parece á usted pequeña la equivocación?

Una noche, no recuerdo quién fué el que le invitó, en el Círculo de Bellas Artes, á que se dejase hacer un retrato al óleo, de cuerpo entero y de un tamaño poco mayor de cincuenta centímetros, para pegarlo, despues de recortarlo en el lienzo, sobre el fondo dorado que á guisa de friso recorría por bajo de la esofia todo el salón principal de la casa donde tenía el Círculo su domicilio. D. Germán dijo:

— Vaya, voy á ver qué clase de cosa decorativa es esa.

Y efectivamente, llega al salón, se pone á mirar los retratos ya pegados en el friso, y dice volviéndose á su colega:

— La verdad, renuncio á estar inmóvil para que me retraten. No tengo paciencia.

— ¡Pero D. Germán, si eso se hace en un periquete!

— Bueno, pues mire usted, no quiero figurar como figurín de sastrería. Porque todos esos son caballeros para láminas de la revista de sastres titulada *El Arte Español* (!)

Lo de la *sastrería*, ya no se lo quitó nadie al salón.

* * *

La última vez que vi á D. Germán fué en el ministerio de Fomento, días despues de sufrir la caída que, al cabo, le llevó al sepulcro.

— Vengo de pedir licencia para ausentarme, me dijo. Me marchó á Murcia.

Y bajando la voz como si el mismo no quisiera oírse, añadió:

— ¡Estoy muy malo!

— ¡Vamos, D. Germán, ánimo!, le dije. No está usted para morirse.

— Todo lo contrario, me contestó cerrando los ojos, para eso estoy mejor que para nada. Esto se desmorona.

Y echando á andar, me dijo con voz bastante entera:

— ¡Adiós, amigo Balsa! Allá arriba — señalando al cielo — hablaremos alguna vez de arte.

Esta tan extraña despedida fueron las últimas palabras que escuché del maestro.

* * *

Andaba por la calle como si fuese hombre achacoso. Al verle apoyado en un bastón, envuelto en un gabán amplio y largo, encasquetado el sombrero con fuerza, casi siempre solo, parecía uno de esos ancianos que, desconocidos, pasan por el mundo sin dejar rastro alguno de su existencia. Sus aficiones le llevaban á terminar los paseos en la librería de Gutenberg ó de Fe. Raro era el día que no compraba un par de novísimas obras de Arte, de crítica ó de Historia. Hecha la compra, hablaba un rato con Núñez de Arce, con Campoamor, con Balart, con cuantos hombres ilustres suelen reunirse al anochecer en la librería de Fe, pues todos en mayor ó menor grado eran amigos y muchos admiradores del último representante de la escuela clásica.

Recuerdo que una de esas tardes no sé quién le dijo:

— Oiga usted, Germán. Esta tarde ha estado la regente en San Francisco el Grande mirando las pinturas, y salió encantada de la capilla bizantina, habiendo mostrado deseos de ir á su estudio de usted.

— ¡Diablo!, exclama Hernández un si es no es serio y preocupado. Eso es casi como decirle á uno: «Haga usted testamento, porque se va usted á morir dentro de unos cuantos meses.»

— ¡Hombre! ¿Qué tiene que ver la visita de la regente con lo que está usted diciendo?

— ¡Cómo qué tiene que ver! ¡Y tanto! Recibe Jover la visita de S. M., y se muere á los pocos meses.

— ¡Bah! ¡Eso es una tontería!

— Será todo lo que usted quiera, pero Jover se murió. Va poco tiempo despues á visitar el estudio de Casado, y Casado se muere á los ocho ó nueve meses de tener la honra de la visita regia.

— Bueno; es una casualidad.

— Casualidad ó no, prosigue Hernández, siempre con ligero acento burlón, lo cierto es que va á visitar á Plasencia, y Plasencia se muere antes de cumplirse el aniversario de la visita. Excuso decirle á usted que tantas casualidades se parecen á las de la capa del estudiante.

En fin, que me avisen con anticipación. Ya sé que tengo que prepararme á bien morir.

* * *

La cabeza de Germán Hernández Amores, sobre todo cuando tenía puesta la clásica monterilla murciana, recordaba fuertemente esos bustos en alto relieve de los medallones de piedra esculpidos por los escultores del Renacimiento.

Modesto, metódico, gran talento analítico, helenista más grande todavía, su nombre no se borrará jamás de la historia del arte español de este siglo.

R. Balsa de la Vega

¡OH FELICES TIEMPOS!

(EPISODIO DE 1825)

I

A mediados de aquel año y cuando más arreciaba la persecución emprendida por el gobierno de la absoluta majestad de Fernando VII contra los pícaros liberales, á quienes dichosamente y gracias á la ayuda de los cien mil hijos de San Luis se les había hecho desistir de sus constituciones y demás diabólicas novedades, una noche y á cosa de las diez cierta taberna que ocupaba el piso bajo con honores de cueva, situada en Puerta de Moros y casi frontera del poco suntuoso templo de Nuestra Señora de Gracia, se veía más concurrida que de lo avanzado de la hora era de esperar.

Y sin embargo, tal animación no era cosa extraordinaria si se atiende á dos principales causas. La primera y principal la bondad del zumo de los viñedos de Arganda y Yepes, por que era conocido el que nadie pensaba entonces en llamar establecimiento del tío Espabila. La segunda que el paternal gobierno que entonces se encargaba de guiar nuestros vacilantes pasos, como prueba de que gustaba de dar el debido esparcimiento al buen pueblo, si bebía los vien-

tos por extirpar toda semilla de club, logia, sociedad patriótica ó cosa parecida, no se oponía á que en las tabernas se reunieran las personas que á bien lo tuvieran á todas horas del día y de la noche.

Verdad es que los primeros, fomentando la fatal *mania de pensar*, podían dar días de duelo á la patria; mientras que de los segundos todo lo que salía era tal ó cual riña que, cuando más, con un par de muertos y unos cuantos heridos volvía á dejar la capital de la monarquía como verdadera balsa de aceite.

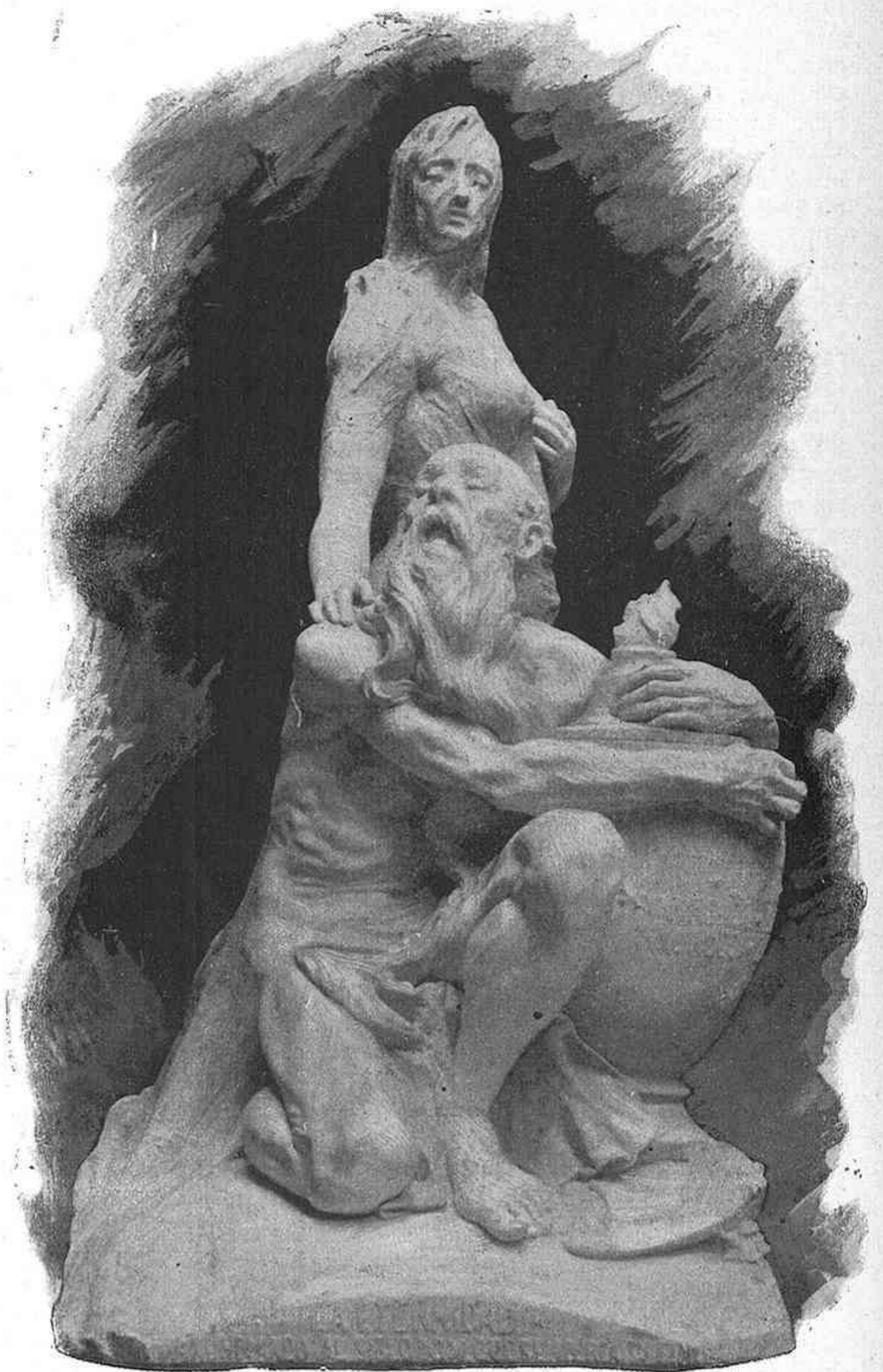
La noche á que nos referimos, la concurrencia, no escasa por cierto, estaba del mejor humor del mundo, y salvo ciertos no muy cultos desahogos de los que jugando al *mus* ó á la *carteta* perdían honradamente unos cuartos segovianos tan mohosos como llorados, sólo se oían en el establecimiento del tío Espabila alegres carcajadas y picantes canciones.

El mismo tabernero que, al decir de las gentes, reunía á sus públicas funciones las menos confesadas de usurero, y á creer ciertas hablillas, otras aún más ocultas, por más que no fuera hombre que dejara salir á su apergaminado rostro las impresiones de la alegría, parecía en aquella sazón animado como nunca.

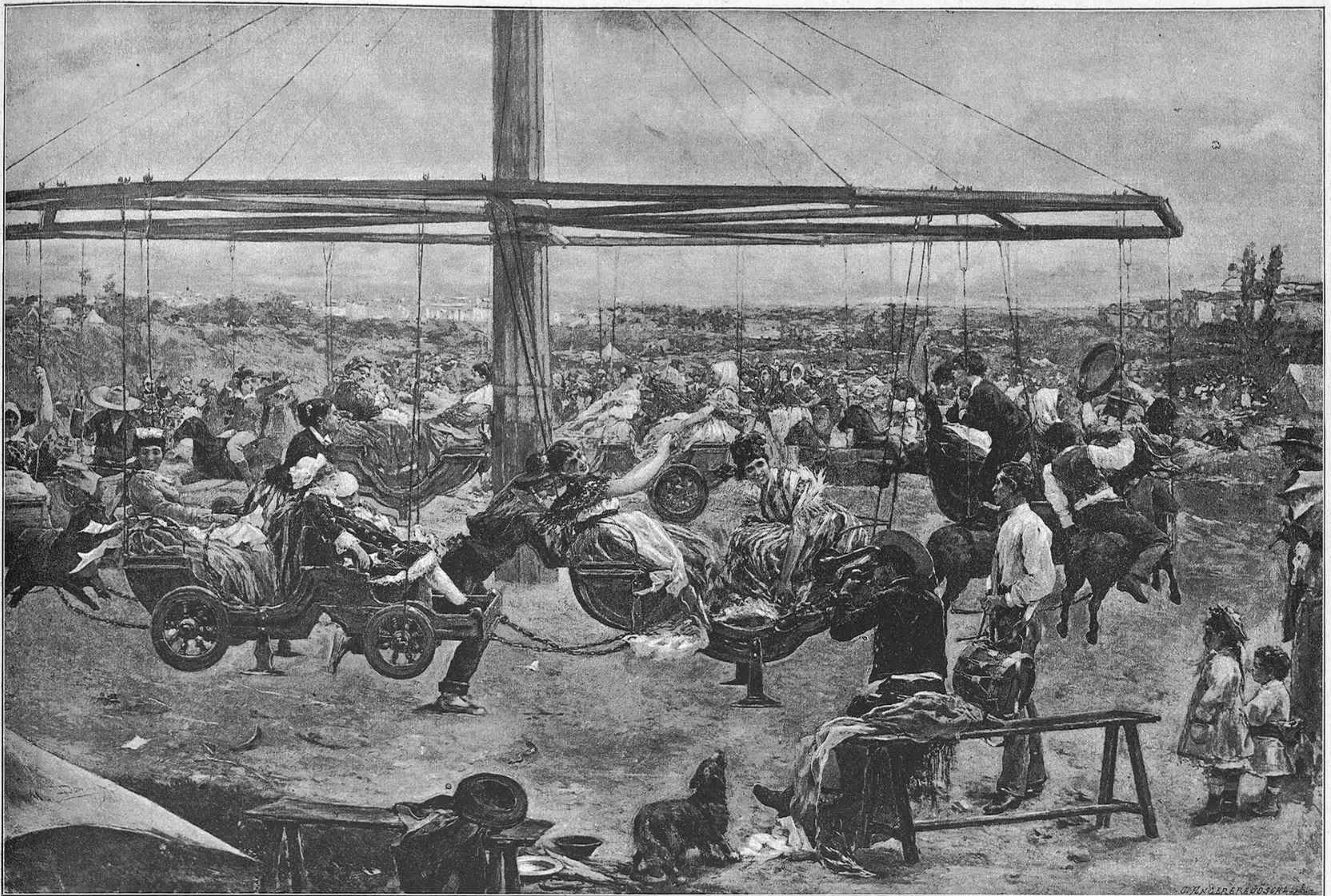
Fuera lo que quisiera la causa del íntimo regocijo del buen expendedor de vinos, el hecho es que su casa estaba aquella noche tranquila y apacible como pocas veces se viese; y tal era su calma que pudiéramos añadir que no merecía la pena de que nos detuviéramos á contemplar lo que en su recinto pasaba, si un acontecimiento, al parecer de alguna sensación, no hubiese venido á romper la monotonía plácida, pero monotonía al fin, del que hemos escogido por escenario de nuestro drama.

II

Poco despues de la hora en que hemos metido la curiosa nariz en la taberna y cuando más distraídos estaban todos, los unos en su charla, los otros en sus juegos y los más en sus tragos, la fisonomía del tío Espabila se animó, como se anima la de la persona que ve llegar una cosa que espera, y abriéndose la puerta pintada de almagro que desde la calle daba ingreso, penetró en la ahumada sala á que servía de



La Eternidad anunciando al siglo XIX que se acerca su fin, escultura de Juan B. Font (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



Los caballitos del Tío Vivo en San Isidro (Madrid), cuadro de Manuel Domínguez

trono el mostrador un hombre embozado hasta los ojos en una amplia capa de fino paño, color de castaña, con vueltas y rizos de terciopelo grana.

Al ver el aire de majeza con que pisaba el polvoriento suelo, no hubo cabeza que no se levantara con curiosidad; pero el recién llegado, como si por fin se creyese en lugar seguro y amigo, sin dar tiempo á que la curiosidad subiese de punto echó abajo el embozo, dejando al descubierto una figura que por lo gallarda y simpática parecía servir de tipo á la provocativa arrogancia y á la desenvuelta donosura de nuestras más selectas clases populares.

Su atavío se componía de chaqueta corta adornada en los hombros con apenas apuntados monillos de seda pasada y en todas las costuras con botoncillos de filigrana de oro; chupa alta, pero desabrochada por la parte superior, dejando ver una chorrera de más de tres dedos de ancha; pañoleta color de fuego, anudada al cuello en flojo nudo; calzón de punto color de hoja seca; polainas á la jerezana, apenas sujetas con algunos herretes, y sombrero de catite de moderada copa.

Al verle emplazado en el centro de la sala, de casi todas las bocas salió un grito de asombro, que en algunos se hubiera podido tomar, sin miedo á equivocarse, por expresión de verdadero terror.

Sólo el tabernero, haciendo con él una distinción á que no estaban acostumbrados los parroquianos, salió con cierta frescura de detrás del mostrador, y llegándose á él le echó los brazos al cuello, murmurando con zalamería socarrona:

— ¿A qué debemos la satisfacción de tener otra vez en España al que creíamos todos en Inglaterra trabajando con sus amigos para traernos otra vez las logias masónicas y esas lindezas á que siempre se mostró tan aficionado?

— Puede usted creer, dijo el majo desentendiéndose de la cordialidad del tabernero, que cuando vengo á Madrid y me meto en casa de un absolutista tan neto como el tío Espabila, seguro estaré respecto á mi persona.

— Sabía, replicó el tabernero con cierta sorna, que personajes muy elevados se ocupaban en lograr tu indulto; pero no creí que estuvieran tan adelantadas las cosas que ya pudieras pisar con tranquilidad el suelo de la patria sin temor á tropezar con las ron-

das y los esbirros de la Superintendencia de policía. — Tan seguro estoy de ello, que si ya no tengo el deseado indulto en el bolsillo, le tendré antes de una hora.

— ¿Es decir, que no le tienes todavía?, preguntó con interés el tabernero.

— Digo que es lo mismo que si le tuviera, contestó el simpático majo volviendo con desabrimiento la espalda á su interlocutor.

Y se dirigió tranquilamente hacia el centro de la sala, donde una docena de manos se tendían hacia él.

III

El tío Espabila volvió á ocupar su puesto detrás del mostrador; pero no permaneció mucho tiempo allí.

Poco después, aprovechando la distracción de sus parroquianos, se deslizó sigilosamente al interior de su casa, mientras el majo obsequiaba á sus amigos con rumbosa generosidad.

Pasadas las primeras expansiones, un viejo de patillas grises y de rostro amojamado, en cuyo traje se notaban ciertos arcaísmos de los tiempos de las redicillas y los sombreros de medio queso, tocó ligeramente en el hombro al majo, y afectando la mayor indiferencia se le llevó á uno de los rincones de la taberna.

— Chiquillo, le dijo cuando tuvo la seguridad de no ser oído de nadie. Creo que has cometido la mayor de las imprudencias viniendo á meterte en la boca del lobo.

El majo movió la cabeza con tranquilidad.

— Puede usted creer, tío Fatigas, contestó con calma, que no temo comprometerme. Nada que se roce con la política me trae á España. Sabe usted que como pocos he tenido entusiasmo por el sistema y que valor no me ha faltado; pero estoy convencido de que hoy por hoy es perder el tiempo meterse en aventuras que siempre terminan con el fusilamiento de media docena de locos, y si no contento, resignado, sólo quiero que me dejen vivir en paz.

— No puedo creer que no más que ese deseo te traiga aquí.

— Me trae una comezón que se sobrepone á todo. Al corazón no se le manda, y prefiero arrostrar toda

clase de peligros á vivir en la incertidumbre que la lealtad de esa mujer me inspira.

— ¿Dudas tú de Maravillas? — Debo confesar que algo me escarabaja aquí dentro. ¿Usted sabe que es ella la que ha logrado mi indulto?

— Lo sé. — ¿Con qué relaciones cuenta que la han hecho conseguir cosas que otros emparentados con personas de gran valer no han podido lograr?

— Sábelo Dios. Has venido á Madrid en una época en que los caminos tortuosos son los únicos que conducen á algún fin. Esto no es una nación; es una sentina en que sólo lo bajo y lo humillante prevalece.

— Razón más para que desconfíe.

— Por lo que debes temer es por tu seguridad. Te has adelantado un poco. Aun con el indulto en el bolsillo, no me creería yo del todo tranquilo; pero sin él, no me tendría por más seguro que un ratón que hubiera caído en la ratonera.

— Saben todos que nunca ha sido mi defecto el miedo.

— Pero no suele estar el valor en buena armonía con la prudencia.

El majo iba á replicar; pero el tío Fatigas le cortó la palabra diciendo:

— Por de pronto baja la voz. El tío Espabila pasa, no sin razón, por uno de los espías más sagaces del absolutismo, y entre la gente que ves, no todos le profesan amistad tan franca como supones.

En aquel momento el dueño del establecimiento había vuelto á salir de su escondrijo, y con pretexto de ofrecer una copa de lo de Yepes á un matarife, de osco semblante y traje todavía salpicado por los residuos de la sangre de las reses sacrificadas aquella mañana, conversó con él algunos momentos y éste salió de la taberna á buen paso.

El tío Fatigas no perdió un solo movimiento de los dos hombres, y al observar la partida del matarife tocó con el codo al majo.

— De algo malo se trata, dijo frunciendo el ceño. Si en algo tienes mi experiencia, ponte en salvo.

El aludido se encogió de hombros y se contentó con decir:

— Voy ahora mismo á casa de Maravillas. Si tengo

allí el indulto, nada debo temer. Si no, prometo escurrir el bulto.

Y estrechando la mano á su interlocutor, salió sin ser al parecer notada por nadie su marcha.

IV

Cuando el apuesto majo, después de seguir un buen trecho por la parte alta de la calle de Toledo, se internó en una de las que van en dirección á la Ribera de Curtidores, se detuvo de pronto creyendo notar pasos detrás de sí.

Al volver la cabeza, vió en efecto un no despreciable grupo que daba vuelta á una esquina, y comprendiendo que un serio peligro le amenazaba, echó mano á la faja como para buscar entre sus pliegues un arma.

Pero no tuvo tiempo. El grupo, mucho más numeroso de lo que al principio le pareciera, le cortó el paso, y el que indudablemente hacía de jefe de él, le gritó con voz companuda:

— En nombre del rey absoluto, dése preso.

A pesar de lo desesperado del caso, todavía quiso el majo oponer resistencia; pero todo fué inútil.

En pocos segundos, rendido ante la fuerza numérica, maniatado y con una mordaza en la boca, era conducido en un coche que debía estar preparado al efecto á uno de los calabozos de la cárcel de corte.

V

La máquina del Estado estaba felizmente tan bien montada, desde que lo mismo *doceañista* y *anilleros* que *exaltados* y *democráticos*, medidos por el propio rasero, habían ido á dar con sus pecadores huesos, unos en los patíbulos, otros en los presidios y, por desgracia, los menos en la emigración, que los sacrificios que la nunca desmentida clemencia de Fernando VII tenía que hacer con frecuencia por la salud de su trono, no sólo se podían realizar con una rapidez encantadora, sino lo que es aún mejor, con un sigilo, que aun para las personas más allegadas solía ser uno el notar la desaparición de un ser querido y verle subir, para escarmiento de pícaros, al patíbulo afrentoso.

A tan nunca bien alabada organización fué debido

el que en menos de tres días se sustanciara el proceso de aquel malaventurado majo que vimos salir tan resuelto de la taberna del tío Espabila, y que Maravillas, la maja por quien había arrostrado los peligros de su vuelta á España, no supiera la desgracia que debía acibarar toda su vida, hasta el momento en que el pícaro liberalote espiraba en la horca, que por aquellos días con tanta frecuencia se levantaba en la Plaza de la Cebada. Al que le tocó en suerte comu-

Maravillas bajó los ojos llenos de lágrimas.

— Sus verdugos han sido más piadosos que tú, añadió el viejo. ¡La muerte que le preparabas era más horrible! — ANGEL R. CHAVES.

MATANZA DE MISIONEROS EN CHINA

El misionero que elige la China para campo de sus operaciones, donde se propone combatir la idolatría con la palabra de Dios, destruyendo el obscurantismo y la barbarie en que aún está sumido el pueblo, lleva realmente la vida en la mano. Podrá abrirse camino entre las clases inferiores; pero las más elevadas, y en particular las oficiales, por decirlo así, le profesan un odio constante, que al fin se revela algún día por una explosión de loco fanatismo, produciendo alguna horrible catástrofe. Tal ha sido la espantosa matanza de los misioneros ingleses ocurrida últimamente en la estación situada cerca de Kucheng en la provincia de Fukién, en la costa Sud oriental de la China.

Cuarenta y cinco años hace que los misioneros han trabajado en esa provincia, poblada por los más desalmados y turbulentos indígenas de todo el imperio, con los cuales se mezclan no pocos piratas. La estación de Kucheng se creó en 1887, y seis años después se encargó de ella el Rev. Roberto Warren Stewart, perteneciente á la Sociedad de la Iglesia de Misioneros, que había trabajado más de doce años en una localidad próxima como jefe del Colegio de la Sociedad Teológica en Foochow. Acompañábanle su esposa é hijos, y Mr. Stewart había conseguido establecer escuelas indígenas

con muy buen éxito. Varias señoras inglesas habían ido á residir en la estación y también algunos misioneros americanos.

No obstante, unos y otros, según costumbre, eran el blanco de la aversión de varias sociedades secretas, y muy en particular de una mucho más numerosa que las demás y cuyos individuos se designan con el nombre de «Vegetarianos.» Los que constituyen esa asociación apenas pueden profesar la religión de Confucio ó la de Budha, pues ambas se distinguen



Caza de tigres en la India, dibujo de Hugo Ungewitter

nicar, por cierto con el alma desgarrada de dolor, la fatal nueva á la desventurada maja, fué al tío Fatigas.

— ¡Imposible! La prueba de que eso es mentira está aquí, gritó Maravillas con la rabia de una pantera herida y tendiendo al atribulado viejo su papel.

— ¡Su indulto!, murmuró éste, comprendiendo el sarcasmo que encerraba aquel documento.

— ¿Y sabe usted al precio que le he comprado?

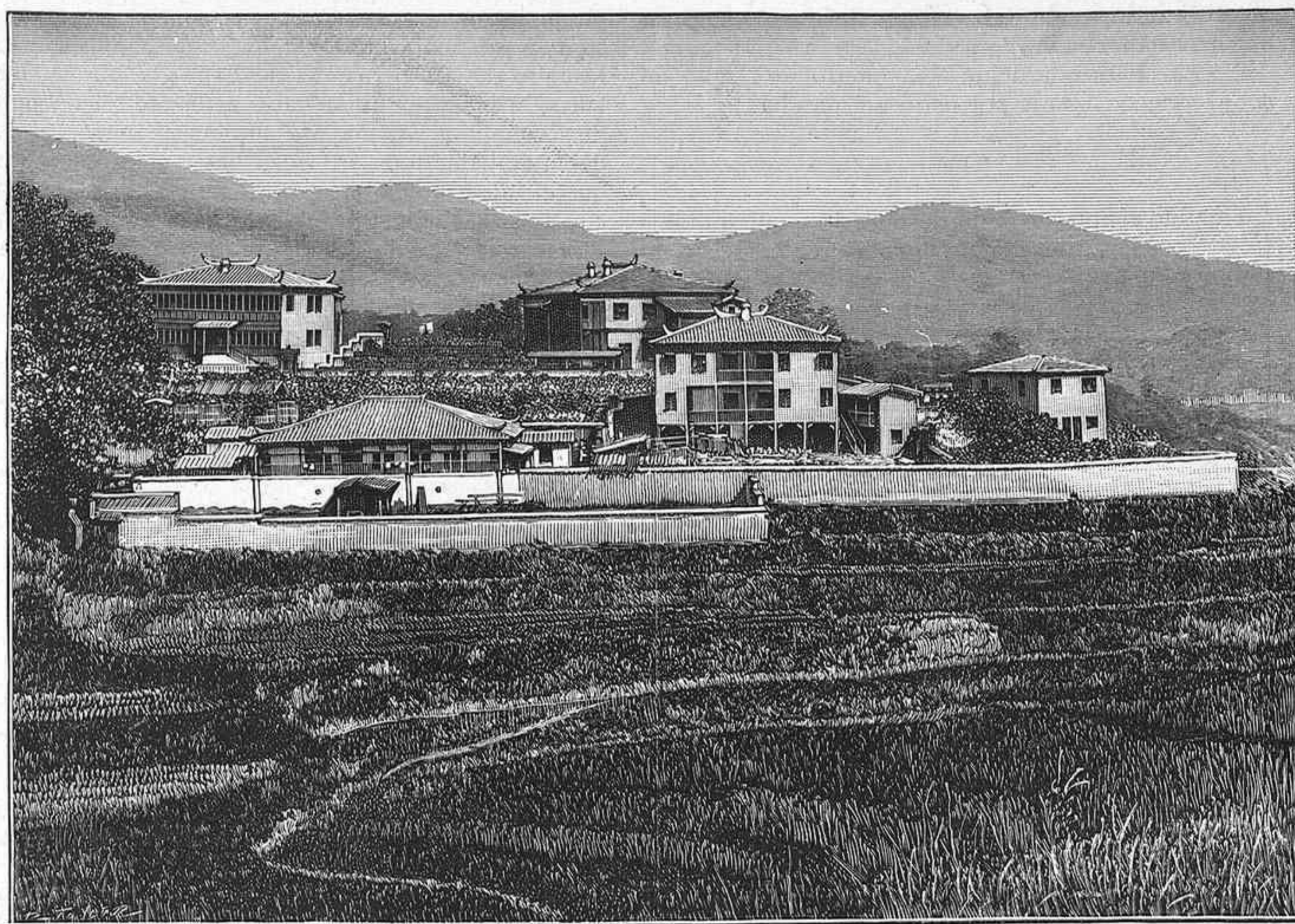
— ¡Lo sospecho!, sollozó el tío Fatigas mirando con severidad á la maja.

por su tolerancia, y es más probable que formen una nueva secta, nacida en la barbarie idólatra de las clases inferiores. Es muy posible también que les induzcan á obrar y á persistir en iniquidades conspiradores que son hombres instruídos, y hasta algunas personas pervertidas que ocupan posición oficial, las cuales trabajan para derribar el imperio, ya muy vacilante, produciendo un choque con las potencias europeas. Los individuos de esa liga fanática han hecho también, al parecer, votos ascéticos respecto á la abstinencia de bebidas espirituosas, opio, tabaco y carne, debiéndose á esto último que algunas veces se les llame «Vegetarianos.» La verdad es que no manifiestan la disposición común de la masa del pueblo, que generalmente mira á las misiones cristianas con la mayor indiferencia, y cuya conducta para con los extranjeros suele ser pacífica.

En el mes de abril último las sociedades habían tomado un aspecto amenazador, tanto que el mandarín que mandaba en Ku-cheng resolvió que Mr. Stewart y las señoras abandonaran la misión para trasladarse á la ciudad. Permanecieron algún tiempo en Foochow, donde estaban seguros; pero poco después, como pareciese que ya se habían tranquilizado los ánimos, regresaron á Ku-cheng, donde no esperaban perder muy pronto la vida. Habían ido al Sanatorio de Whasang la semana anterior á los sucesos que nos ocupan, y una noche, á las altas horas, cuando todos dormían tranquilamente, una partida de ochenta Vegetarianos asaltó la casa, cayendo de repente sobre los infelices misioneros. Los esposos Stewart y dos amigas suyas fueron quemados vivos allí mismo; á otras cinco señoras se las alanceó brutalmente, arrojando después á una de ellas por un precipicio, y el hijo de Mr. Stewart fué apaleado hasta que dejó de existir. Dos niños recibieron graves heridas, habiéndose sacado un ojo al más pequeño, y la señorita Codrington, de la misión Zenasca, quedó en muy mal estado. El Rev. Phillips y los americanos consiguieron escapar ilesos. La multitud completó la obra de exterminio prendiendo fuego á la casa y todas sus dependencias, y los oficiales chinos llegaron ingeniosamente al lugar de la catástrofe cuando todo estaba concluído.

El número de víctimas ha sido de once, verdaderos mártires que han sucumbido en medio de los más horribles tormentos. Mr. Stewart, uno de los misioneros más distinguidos por sus trabajos de conversión, había ido directamente á China después de ordenarse en 1876; pero había servido ya en Australia y el Canadá. Su esposa, hermana de un reputado doctor de Dublín, después de compartir todos los trabajos y fatigas con su marido, participó también de su muerte cruel con su hijo Helberto y el ama de gobierno, llamada Lena.

De las otras víctimas, la señorita Elsie Marshall era hija de un vicario y había estado tres años en la China. La señorita Hessie Newcombe, natural de Dublín, pertenecía á la misión Zenasca; Flora Stewart era hija de un vicario, y las señoritas Sanders y Gar-



Escuela de niñas Casa de la misión
Matanza de misioneros en China. - Edificios de la sociedad de misiones en Ku-cheng

don, naturales de Australia, se ocupaban ahora en estudiar con afán la lengua de Ku-cheng.

Inmediatamente después de haberse recibido en



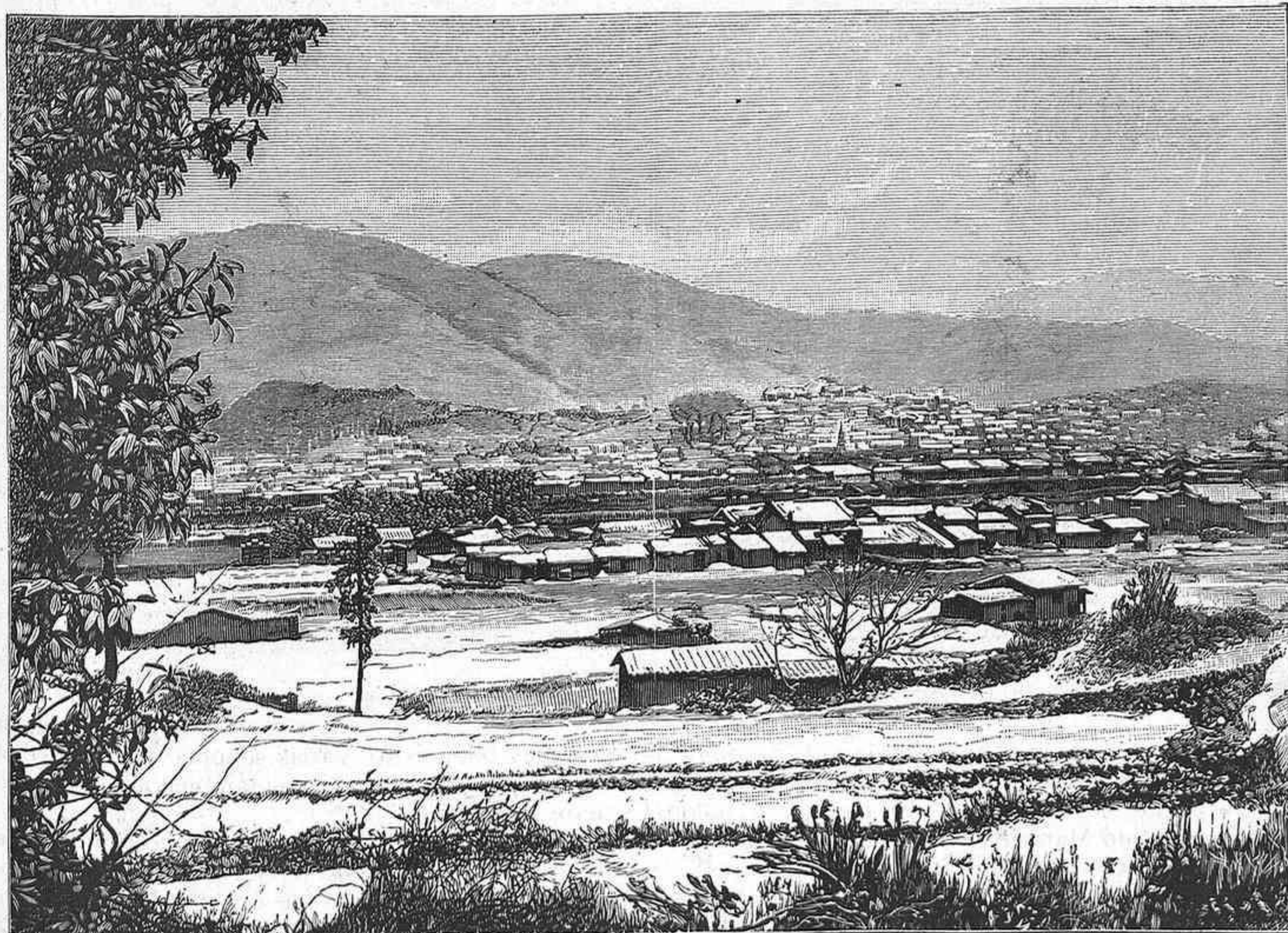
El misionero protestante R. Stewart y su esposa, bárbaramente asesinados por los chinos en Ku-cheng

Inglaterra la noticia de aquella espantosa catástrofe, la Gran Bretaña pidió satisfacción completa de aquel inicuo acto, exigiendo al mismo tiempo seguridad

para sus súbditos y el más severo castigo de los culpables.

La acción de Lord Salisbury no se ha limitado esta vez á palabras, como ha sucedido en otros casos, para asegurarse de que el gobierno chino cumplirá al pie de la letra cuanto se le pide, sobre todo para que no quede impune el nefando crimen de que acaban de ser víctimas los infelices misioneros. Al efecto, el cónsul inglés en Foochow recibió orden de ir al lugar de la sangrienta tragedia con una escolta militar china, á fin de practicar una investigación sobre las circunstancias que han mediado en la comisión del crimen. El ministro de Estado en Pekín, aceptando las condiciones inglesas, ha expedido una proclama en que ordena el castigo de los culpables.

Se asegura que los que asaltaron la Casa-Misión, en número de ochenta, como ya hemos dicho, formaban una partida relacionada con una sociedad secreta de chinos que tiene muchas ramificaciones en Fukién y en otras provincias meridionales. - X.



Casa del misionero Stewart

Matanza de misioneros en China. - Vista de la ciudad de Ku-cheng

NUESTROS GRABADOS

RECTIFICACIÓN

En la página 568 correspondiente al número 712 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cometióse una errata importante que interesa rectificar. El primer grabado publicado en dicha página no es reproducción del cuadro de Vicente Cutanda *Epilogo*, sino del cuadro *Llegué tarde*, original del distinguido pintor castellano D. Eduardo Núñez y Peñosco, que figuró en la última Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid, mereciendo con justicia grandes elogios.

El cuadro de Cutanda *Epilogo* lo publicaremos en breve.

Excursión agradable, cuadro de Alonso Pérez. - Aunque hemos publicado varios cuadros del reputado pintor paisano nuestro, el que hoy reproducimos, sin apartarse en el fondo del género que con tanto éxito cultiva preferentemente su autor, nos presenta el talento artístico del Sr. Pérez bajo un nuevo aspecto. Las figuras que en esta obra ha puesto tienen el mismo carácter de época que las otras que de este artista conocemos; la escena que en el lienzo se desarrolla es simpática y llena de gracia, al igual que las de sus otros cuadros reproducidos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Pero además de estas cualidades demuestra *Excursión agradable* otras no menos dignas de alabanza desde el punto de vista de la pintura de paisaje, en la que el Sr. Pérez es, á juzgar por este lienzo, consumado maestro.

Estatua erigida en Alicante á la memoria de Eleuterio Maisonnave, obra de Vicente Bañuls, fundida en los talleres de Federico Masriera, Barcelona. - El día 30 de junio último inauguróse en Alicante la estatua erigida para honrar la memoria del que fué uno de sus ilustres hijos, el distinguido hombre público D. Eleuterio Maisonnave, quien representó tres veces en Cortes á su ciudad natal, desempeñando asimismo las carteras de Estado y Gobernación durante el gobierno de la República.

El modelo de la estatua, obra del inteligente escultor alicantino D. Vicente Bañuls, recomiéndase por la valentía de sus trazos, ejecutados con soltura, y por la reposada actitud de la figura, propia del personaje representado.

Es una de las obras de fundición que más honran á los talleres de D. Federico Masriera, habiéndose ejecutado por el procedimiento de la cera perdida.



LOS CONVULSIONARIOS EN MARRUECOS, cuadro de Simoni



MELANCOLÍA, cuadro de J. M. Strudwick existente en la Nueva Galería de Londres



CANTO RELIGIOSO, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

Canto religioso. Falda de Sierra Morena. Un niño, cuadros de Tomás Muñoz Lucena. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895). — No ha tratado esta vez el laureado pintor cordobés Sr. Muñoz Lucena de dar nueva muestra de sus indiscutibles cualidades artísticas y de sus grandes alientos, puesto que se limitó a presentar al certamen varios estudios, entre los que figuran los tres que reproducimos. Ciertamente es que todos ellos son dignas obras de tan discreto artista, pero ninguna de ellas es comparable a sus notables producciones tituladas *Ofelia*, *El cadáver de Alvarez de Castro* y *Las lavanderas*, que significan igual número de triunfos alcanzados en anteriores exposiciones.

Quien como nuestro amigo ha logrado significarse por su ingenio, debe no permanecer estacionario. De ahí que confiado en sus aptitudes y laboriosidad, esperemos que en otro concurso hallará medio y ocasión para anudar la que debía ser no interrumpida serie de sus triunfos.

La eternidad anunciando al siglo XIX que se acerca su fin, escultura de Juan Bautista Font (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895). — Harto complejo y por lo tanto preñado de dificultades y escollos ha sido el tema que ha tratado de desarrollar el joven escultor catalán Sr. Font y Rodín por medio del grupo alegórico que reproducimos. Con laudable discreción ha realizado la obra, poniendo de relieve cualidades artísticas dignas de tenerse en cuenta, que si las avalora el estudio, procurarán en lo porvenir al Sr. Font honra y provecho.

Los caballitos del Tío Vivo, en San Isidro, cuadro de Manuel Domínguez. — Con singular complacencia aprovechamos hoy la ocasión que nos depara nuestro distinguido amigo D. Manuel Domínguez, dando a conocer a nuestros lectores una de sus más bellas y poco conocidas producciones. El *Tío Vivo* es una de sus geniales obras, trasunto fiel de las escenas ó cuadros que se desarrollan en la tan celebrada pradera de San Isidro, sitio elegido para solaz y agradable pasatiempo de los madrileños. Quien haya visitado los alrededores de la coronada villa, especialmente en épocas de fiestas y romerías, adivinará la inteligencia y habilidad del maestro al trasladar al lienzo con tal sello de verdad escenas y cuadros de la vida real, en cuyo género también ha sabido distinguirse y recoger tan merecidos aplausos cual los de continuo cosechados por sus grandes composiciones decorativas, preciado ornato de algunas señoriales mansiones de la capital de la nación.

Caza de tigres en la India, dibujo de Hugo Ungewitter. — Se necesita, especialmente en un europeo, ser verdaderamente apasionado por la caza para dedicarse a la del tigre, y no por los peligros a que el cazador se expone, pues en este concepto otras hay mucho más difíciles, sino por las circunstancias en que aquélla debe hacerse para más asegurar el buen éxito de la misma. En primer lugar, la mejor época para cazar tigres es el rigor del verano, y las mejores horas las más ardorosas del día; y esto en un país como la India significa una incomodidad que pocas naturalezas pueden resistir. En segundo lugar, la cabalgadura más a propósito para esta caza es el elefante, cuyos movimientos son irresistibles para los europeos que no estén a ellos muy acostumbrados. Pero los que pueden resistir estas molestias vense sobradamente recompensados por las emociones y los placeres que la caza del tigre les ofrece; por lo menos así lo aseguran los que por experiencia hablan, es decir, los que han logrado herir mortalmente al rey de los felinos desde el cajón colocado sobre los lomos del paquidermo. De lo que es la caza del tigre realizada por este sistema da perfecta idea el hermoso dibujo de Ungewitter que publicamos.

Los convulsionarios en Marruecos, cuadro de Simoni. — Entre las varias sectas existentes en Marruecos, pocas aventajan en extravagancia a la llamada de los convulsionarios, que se complacen en dar vueltas y más vueltas hasta que caen rendidos y sin aliento. El reputado pintor italiano Simoni, inspirado en esta manifestación del fanatismo y de la superstición musulmanes, ha trazado esa admirable composición en cuyo centro agítanse en desordenados movimientos cuatro de estos infelices alrededor de los cuales agrúpanse una multi-

tud de soldados, con armas unos, desarmados otros, que contemplan con gran recogimiento los violentos ejercicios de aquellos iluminados. De la factura del cuadro nada hemos de decir: mírense una por una las figuras, extiéndase la vista por el paisaje que se pierde en el horizonte, y se comprenderá que obras como ésta no necesitan ser encomiadas para que cualquiera aprecie desde luego sus múltiples bellezas.

Melancolía, cuadro de J. M. Strudwick. — Esta pintura de la Nueva Galería pertenece a la escuela ó tendencia seguida por muchos artistas ingleses, cuyo iniciador fué Rossetti y que ha avalorado Burne Jones imprimiendo a sus obras sello de verdadera originalidad, con todo y ser reminiscencias, si no imitaciones, inspiradas en las obras de los primitivos italianos por tanto tiempo desdeñadas, ó mejor dicho, no comprendidas.

Hoy la boga ha elevado al más alto pináculo de la gloria a uno de ellos, a Botticelli. Es de esperar, pues, que durante algún transcurso de tiempo cunda la pintura *botticellesca*.

En ese cuadro hierático hasta cierto punto, en la figura y en la rica, minuciosa y arqueológica suma de los accesorios brillan, sin embargo, cualidades personales y propias del autor, que lo separan de la turba multa de tantas obras ejecutadas a la *primitiva*, por seguir una corriente encauzada como siempre por artistas de verdadero talento.

Joven de la Selva Negra, cuadro de Hugo König. — Elogio merecen los artistas que como el autor de este cuadro reproducen tipos de las distintas regiones de su país vestidos con sus trajes característicos, y lo merecen porque por un lado sus obras constituyen otros tantos datos etnográficos que no dejan de tener importancia, y por otro tienen un sello eminentemente artístico, gracias a su indumentaria pintoresca y variada, que es siempre más grata a los ojos que esa uniformidad por lo general antiestética que la moda impone en los grandes centros de población.

MISCELANEA

Bellas Artes. — PARÍS. — El pintor Duez descubrió recientemente en un pueblo de los alrededores de París un cuadro de Murillo que adquirió por 60 francos y por el cual le ofrecieron en seguida 17.000.

— En la exposición de los secesionistas se han vendido 72 obras por valor de 187.000 pesetas.

prusiano ha adquirido con destino a la Galería Nacional obras de arte por valor de 41.950 marcos (52.440 pesetas).

MUNICH. — La Sociedad alemana para el fomento del arte cristiano celebra actualmente en el palacio real la primera exposición de una serie que se propone organizar a fin de devolver a aquel arte el esplendor de que en otros tiempos gozara y del que le han hecho decaer los procedimientos de ciertas industrias modernas.

— En la exposición de los secesionistas munienses se han vendido hasta ahora 50 obras por valor de 156.000 pesetas.

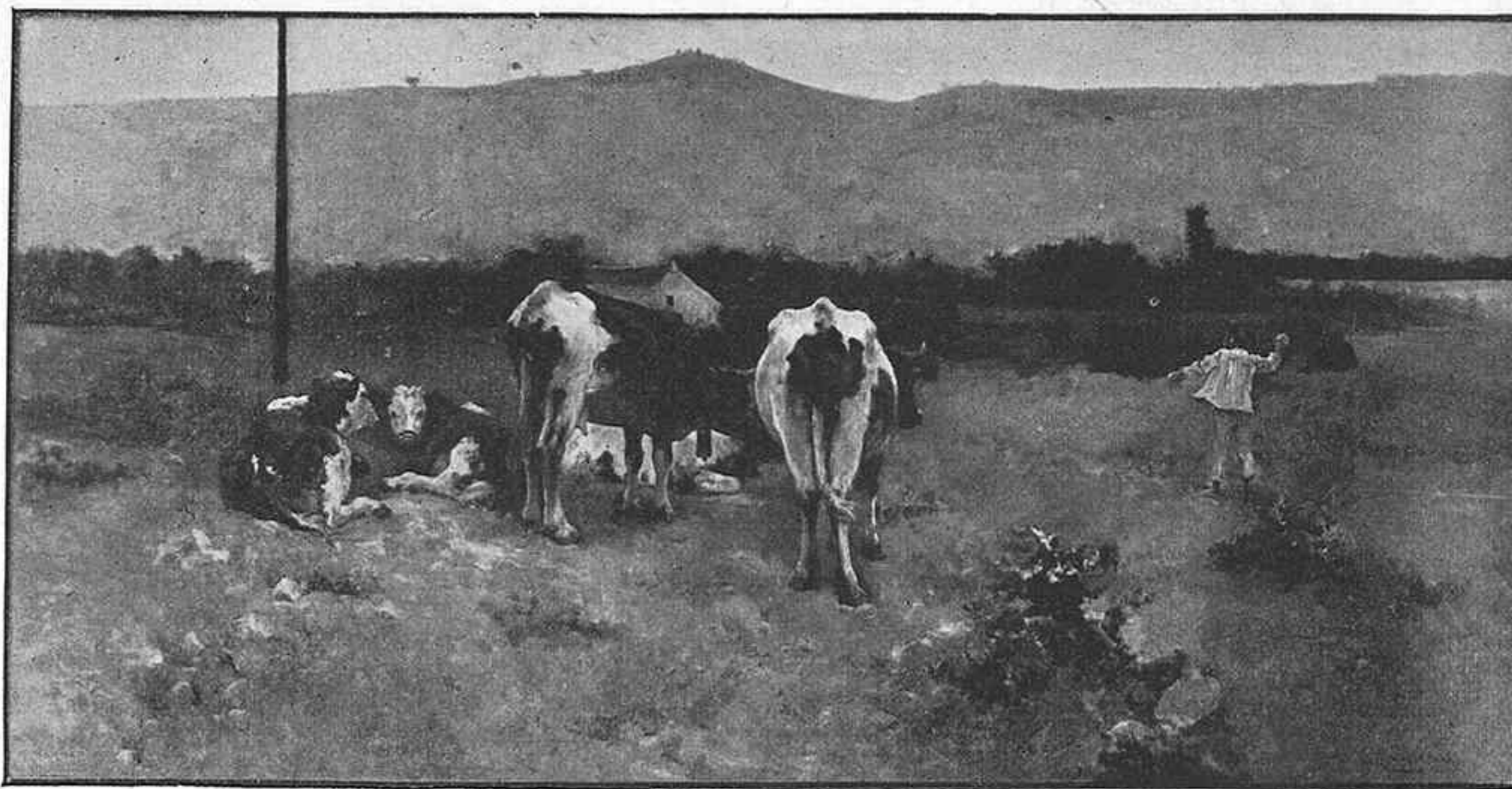
MAGDEBURGO. — El Museo Municipal ha adquirido durante el año último 40 obras notables de artistas antiguos (flamencos, italianos y españoles del siglo XVII). Además ha comprado varios cuadros de los alemanes Lenbach, Zimmermann, Skarbinia, Pietschmann, Schwar y Zugel, del italiano Simoni y de los holandeses Witkamp y Vrolyk.

AMBERES. — Según una memoria que acaba de publicarse, la *Société Royale d'Encouragement des Beaux Arts* adquirió en la exposición de Bellas Artes que se celebró cuando la última exposición universal allí verificada varios cuadros y estatuas con destino al Museo de la ciudad por una suma total de 59.500 francos.

MARBURGO. — La universidad de Marburgo ha encargado al célebre pintor de Düsseldorf Pedro Janssen una serie de cuadros monumentales que representan escenas de la historia de la ciudad, tales como la expedición de los caballeros alemanes a Oriente, Santa Isabel curando a los enfermos del hospital de Marburgo, la discusión religiosa entre Lutero y Zuinglio, la evacuación por los dominicanos de su convento convertido en universidad, el ingreso en ésta de los catedráticos y alumnos, la solemne recepción del filósofo Cristiano de Wolf y otros.

HANNÓVER. — Se ha abierto un concurso entre arquitectos alemanes para la construcción de unas nuevas Casas Consistoriales: el presupuesto disponible es de cuatro millones y medio de marcos (5.625.000 pesetas). Se concederán: un primer premio de 12.000 marcos, uno de 8.000, dos de 5.000 y dos de 3.000.

WORMS. — Para la construcción del puente que se proyecta tender sobre el Rin, y que está presupuesto en tres millones de marcos, se ha abierto un concurso para el cual se ofrece un



FALDA DE SIERRA MORENA, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

BERLÍN. — De las obras que figuran en la gran Exposición Internacional de Bellas Artes habiéndose vendido hasta fines de mayo 87 por valor de 223.750 pesetas.

— El gobierno prusiano ha encargado al reputado pintor Klein-Chevalier cinco cuadros alegóricos para la sala de sesiones de la dirección de Minas de Halle del Saale.

— Durante el primer trimestre del presente año el gobiern-

premio de 10.000 marcos y otros dos ó tres que juntos importarán 12.000.

Teatros. — La ópera en un acto recientemente terminada por Mascagni, con el título de *Il Viandante*, se estrenará a principios del próximo otoño en Berlín. En esta obra sólo hay dos personajes.

— Existe en Leipzig una *Asociación general para las representaciones teatrales populares* que reside en Leipzig y responde a una necesidad que se siente en Alemania, en donde esta clase de espectáculos se ha generalizado con gran éxito. El objeto de esta asociación es combatir enérgicamente ese género de dramas que se basan en el adulterio y oponer una valla al realismo y naturalismo de mala ley que invaden el arte dramático: para conseguir sus propósitos fomentan la representación de obras nacionales que puedan contribuir al mantenimiento de las buenas costumbres y otorgan premios a las obras dramáticas populares que responden a estos fines.

Barcelona. — En el teatro Lírico ha dado algunos conciertos la capilla nacional rusa que dirige el eminente maestro Dmitri Slavianski d'Agrenoff: cuanto se diga en elogio de la misma es poco, y así se explica el entusiasmo que ha producido en nuestro público, como lo produjo antes en las principales ciudades de España y del extranjero; no puede darse mayor ajuste, dulzura y expresión que las que se admiran en ese coro compuesto de hombres, mujeres y niños ejecutando los preciosos cantos populares y religiosos rusos. El espectáculo, realzado además por la belleza y riqueza de los trajes que visten los cantores, es de los que deleitan y emocionan y dejan una impresión hondísima. En el Tivoli siguen las ovaciones tan grandes como merecidas al maestro Bretón con motivo de las representaciones de su bellísima ópera *La Dolores*, cuyas principales piezas tienen que repetirse todas las noches, produciendo siempre en el público el mismo entusiasmo.

Necrología. — Han fallecido: José Muller, profesor de Filología clásica en la universidad de Turín y notable helenista. Heiz Heim, pintor alemán. Guillermo Lommen, paisajista alemán.



UN NIÑO, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



Y tapada con el paraguas por el criado, echó á andar á buen paso

LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

PARTE PRIMERA

I

Gibraltar, la plaza fuerte inglesa, enclavada en territorio español, bañada del mar por un lado, defendida por otro por el formidable Peñón fenómeno de la naturaleza, rodeada de extenso campo limitado por importantes poblaciones, presenta un panorama variado y pintoresco. Sin embargo, ¿qué ojos españoles que le contemplan por primera vez no se velarán de tristeza? ¿Qué corazón español no latirá violentamente al ver sobre aquel abrupto picacho ondear una bandera que no es la de la patria?

Gibraltar es el leopardo inglés que tiende sus garras sobre las aguas del Estrecho, apercibido á apoderarse de nuevas presas. Gibraltar es el estigma marcado en la frente de un pueblo para recordarle su secular decadencia.

El cielo se cubre con frecuencia de oscuros crespones como recordando las nieblas de Albión; y el Peñón, semejante á un buitre gigantesco con las alas plegadas, que tiene por cuello el castillo del Hacho y por pico la bandera inglesa, proyecta su sombra en el campo circunvecino en donde debiera rebosar la alegría andaluza. Este campo, que se extiende entre la costa, puntas de Europa y del Carnero, Tarifa, Algeciras y San Roque, ni enteramente llano ni quebrado, como vegetación no ofrecía nada de particular en la época en que comienza este relato, año de 1881. En la actualidad hay ya más edificaciones; pero entonces eran raras, y sólo algunas huertas interrumpían con manchas de verdura la monotonía del escueto terreno. Además de estas huertas había entonces otros dos sitios que atraían la atención, conocidos en los contornos con los nombres de *la Sombrosa* y *el Pradillo*. Tengo que dar una somera idea de ambos, porque así lo exige la narración. Era *la Sombrosa* una posesión perteneciente á un grande de España, situada á kilómetro y medio de Gibraltar y á medio próximamente del pueblo de Línea de la Concepción, que es el más cercano á la ciudad. Una alta tapia, fabricada de recios ladrillos, cerraba un vastísimo espacio plantado en su mayor parte de añosos olmos y castaños de Indias, tan frondosos y sombríos, que justificaban el nombre dado á aquel bosque, huerta y jar-

dín, pues de estas tres cosas participaba. A un extremo del jardín elevábase un edificio con aspecto de quinta ó casa palacio, con cuatro fachadas, construídas de mampostería y cimientado de piedra, y que tenía dos pisos: el bajo con ventanas enrejadas, y el principal con balcones muy salientes con barandillas de hierro. Tres de estas fachadas estaban dentro de la cerca del jardín; la cuarta, que era la posterior, daba al campo, enfilaba frente al Peñón de Gibraltar y tenía una puerta pequeña, casi siempre cerrada. La entrada principal estaba dentro de la cerca en un frontón algo más adornado que las otras fachadas, puesto que tenía una montera arquitectónica y esculpido en ella un escudo de armas. La puerta principal era grande, con hojas de roble claveteadas de piñas de hierro, y estaba orlada de un festón plateresco tallado en piedra.

Por ahora sabemos bastante del palacio de *la Sombrosa*, en donde más adelante tendremos ocasión de penetrar, y vamos á ocuparnos del otro sitio indicado, *el Pradillo*, porque en él comienza esta historia. Era *el Pradillo* una pradera de bastante extensión de figura casi oval, que antes había sido bosque; pero los ediles del pueblo de la Línea, ingeniosos como todos los concejales, trataron de transformarle en sala de baile al aire libre y lugar de jiras y solaces campestres, para lo cual mandaron talarle por el comedio, dejando sólo los árboles de los extremos, que le encerraban en un círculo de verdor. Estaba muy bien cuidado y se le regaba todos los días con agua de un pozo inmediato. Tenía dos entradas ó rompimientos de árboles, y en cada uno de ellos un bando pegado á un poste de madera, que decía así:

De orden superior se prohíbe acampar y pernoctar en este sitio á carreteros, arrieros, gitanos, mendigos, pastores y demás gente trashumante.

Con todos estos cuidados y precauciones, *el Pradillo* se conservaba limpio hasta cierto punto y segada é igual la verde hierba que le cubría, y según previsión municipal, durante el buen tiempo celebrábase en él la mayor parte de las comidas de boda de la inmediata población, de la que sólo dista poco más de un kilómetro.

Conocidos los sitios, vamos á los hechos.

II

El día 14 de octubre del año de 1881, á las cuatro de la tarde, el Campo de Gibraltar estaba menos animado que de costumbre, por las siguientes razones: en primer lugar, era día de fiesta, y así como los moradores de las ciudades populosas salen de ellas en tales días, buscando espacio y ambiente, del mismo modo y por igual ley de los contrastes los habitantes de los pueblos, cansados en su mayor parte de las faenas del campo, se quedan en aquéllos.

Además, sucedé á veces en la costa de Gibraltar que amanece el día sereno y el cielo despejado; mas conforme avanza la mañana, vanse formando en la lontananza marina ligeras nubecillas aisladas, franjeadas de crespones de escarlata, cortados á trechos por grumos dorados. Poco á poco y *sin que lo sienta la tierra*, es decir, sin que lo noten los habitantes de ésta, las nubecillas se van amontonando y oscureciéndose, lo cual coincide casi siempre con el despertar de la *mareta blanda*, que diría el poeta: tan blanda y tan tenue, que si bien en el mar y en el puerto agita un tanto la lona de los buques, en tierra apenas mueve las hojas y las hierbecillas, ni apenas hace ondular el humo de las chimeneas. Este estado de calma suele sostenerse hasta que el sol va descendiendo del cenit. Entonces, no contenidas ya por el astro poderoso, que va en retirada, la *mareta* se convierte en viento, aún suave, y del núcleo de nubes marinas van destacándose sucursales hacia tierra, como guerrillas del centro de un ejército que se apercibe á la batalla. Después..., después sobreviene la lluvia torrencial, ó la tempestad y á veces la galerna.

El día á que me refiero había además otra razón para que el Campo de Gibraltar estuviese solitario, y era el mucho calor que hacía, no obstante mediar el mes de octubre. A las cuatro de la tarde ya había nublados, pero el sol aún hallaba espacios despejados en el cielo para desde allí fulgurar sus caricias abrasadoras.

El campo, pues, parecía desierto; mas realmente no lo estaba, á juzgar por las bocanadas de ruido que se escapaban por entre los árboles del *Pradillo*.

Según costumbre, se celebraba allí un banquete de boda. ¡Y qué boda!: la del hijo mayor del tío *Caracoles* con la hija única de *Disciplinas*, todos vecindados en el cercano pueblo de la Línea. El lector no tiene obligación de saber que en la Línea, así como en los demás pueblos de España y especialmente de Andalucía, no hay ciudadano de clase humilde que no tenga mote ó apodo, y por lo tanto, es preciso decir que el tío *Caracoles* era el Sr. Antonio Corzuelo, herrero en su mocedad y luego contrabandista. Porque eso sí, aun cuando en toda la comarca de Gibraltar se mantiene vivo el fuego del patriotismo y el odio al usurpador inglés, esto no quita el que un sinnúmero de patriotas contrabandeen con géneros ingleses, inundando de ellos las demás provincias andaluzas. Decíase, pues, que el Sr. Antonio Corzuelo había hecho un buen capitalito con el contrabando, que ya viejo y viudo y cansado de alijos habíase retirado á buen vivir á la Línea, su pueblo natal, que había establecido una fragua de herrería para dar ocupación á su hijo segundo; pues en cuanto al primogénito, habíale dado por lo fino y estaba á punto de examinarse de escribano. Sabiendo esto, basta con añadir que el Sr. Antonio era un viejo de cincuenta y nueve años de edad, muy bien conservado, de carácter alegre y que usaba por muletilla la palabra «¡caracoles!», á la cual debía su apodo.

Pues bueno: el día en que empieza esta historia, el hijo mayor del tío *Caracoles*, llamado Nicolás, habíase unido en matrimonio con la joven y agraciada María Flora, hija de D. Basilio Gordales, maestro de una escuela municipal de la Línea, á quien apodaban *Disciplinas*, porque aún las usaba para imponerse á sus discípulos, aunque sin atreverse á pegarles por respeto á los derechos modernos. A primera vista parecía que esta boda era desigual en cuanto á intereses; puesto que el padre del novio pasaba por ser hombre acaudalado, y el de la novia sólo contaba (al parecer) con su mezquino sueldo, mal cobrado, de maestro de escuela; y hubiera sido verdad este desnivel, á no existir en el mundo la señora Micaela Sánchez, esposa de D. Basilio, y por consiguiente madre de la novia. Porque la susodicha señora había tenido la suerte de ser nodriza de la señorita Carmen, y ésta era nada menos que hija del marqués de Marbella, dueño de la posesión de *la Sombrosa*, en la que habitaba, y de otros muchos estados y señoríos. Con tan buen arrimo, nunca, ni aun en los más calamitosos tiempos, había faltado lo necesario, ni aun algo de lo superfluo, al bueno de D. Basilio y á su digna cónyuge; y cuando llegó el caso de la boda de María Flora, la señorita Carmen hizo las cosas en regla. Regaló á su hermana

de leche una huerta situada en el término de San Roque, que mal arrendada rentaba 1.400 pesetas, y un equipo de novia tan completo que no faltaba nada en él, desde las arracadas con piedras finas, hasta los paños de cocina. No fué madrina de boda ni asistió á la comida de ídem, porque aquellos días andaba muy delicado su padre el marqués de Marbella; pero en atención á lo cercano que estaba *el Pradillo* (sitio en donde se celebraba la comida) del palacio de *la Sombrosa*, prometió acudir á los postres. Con este motivo, la tarde á que me refiero ofrecía *el Pradillo* un aspecto animado y pintoresco. Entre hombres, mujeres y chicos había allí reunidas veinticinco ó treinta personas. Fuera de la linde de la arboleda veíase un carro grande con toldo, que había servido para transportar los víveres y utensilios, cuyo tiro de dos mulas, desenganchado, pero atado á las ruedas, rumiaba las hierbezuelas. Dentro del círculo de árboles, los asistentes á la boda, casi todos sentados en el suelo, empezaban á atacar los postres. Por los restos que de la comida quedaban comprendíase que había sido suculenta y sobrada, y en cuanto á lo que en ella se bebió, puede calcularse por cuatro pellejos de vino, medio deshinchados, que había en el suelo y por un sinnúmero de frascos y botellas vacías ó á medio vaciar, metidas en canastas de mimbrés. Así es que hasta la gente proveya de la reunión hallábase un tanto *alegre*. Del elemento joven no hay nada que decir, sino que además de los recién casados, había allí entre mozos y muchachas unos doce ó catorce que mostraban en sus semblantes el sofoco producido por el exceso de comida y bebida. Ellas, por causa del calor y del jolgorio que había habido antes de comer, estaban algo despeinadas y con el escote de los pañuelos algo bajo, y ellos en cuerpo de camisa, con las mangas un tanto remangadas.

Casi todos, como ya se ha dicho, estaban sentados en el suelo, empezando á gustar los postres, cuando he aquí que el tío *Caracoles*, padre del novio, que era uno de los pocos que se hallaban en pie, gritó con voz estentórea:

«¡La señorita, ya viene la señorita!»

Y con efecto, á través de uno de los rompimientos de árboles vieron venir á una joven casi niña, acompañada de un criado viejo que traía un paraguas y una banquetita de tijera.

III

Pusieron en pie los que estaban sentados. Los novios y la mayoría de los jóvenes salieron á recibir á la que llegaba; pero á todos se adelantó, á pesar de sus años, la señora Micaela. De una carrerita se puso al lado de su niña querida, de la que ella había criado á sus pechos, y la besó y abrazó con efusión. Porque lo que ella decía: «¡A mí qué me importa el señorío de Carmen ni de su padre! Ella es casi tan hija mía como mi María Flora, y no sé á cuál de las dos quiero más.» Ya todos en *el Pradillo*, la señorita Carmen saludólos con suma amabilidad, pues sabido es que cuanto más señorío más llaneza. Mozos y mozas habían arreglado un tanto los desperfectos de su traje, y toda la concurrencia rodeó á la recién venida, ofreciéndole postres, que eran muchos y buenos. Ella tomó un par de rosquillas de Tarifa, y mientras desgajaba un racimo de albillo castellano, el farmacéutico de la Línea, que era el padrino de boda, le espetó un ampuloso discurso dándole gracias por haber honrado á todos con su presencia. Probados los postres, Carmen se sentó en la banquetita de tijera, que un criado había colocado cerca de un tronco de árbol, para que éste le sirviera de respaldo, y los concurrentes siguieron comiendo y bebiendo, aunque con mayor comedimiento. Y mientras comían y bebían no se cansaban de mirar y admirar á la señorita Carmen. Si ésta, por su delicada belleza y gracia hubiera atraído la atención en el salón más aristocrático, ¿qué no sería en medio de aquellas gentes rudas y sencillas? La hija del marqués de Marbella tenía diez y ocho años, pero representaba menos edad, era de mediana estatura y sumamente esbelta pero su delgadez prometía, con el tiempo, redondeces esculturales. Había nacido en Sevilla y no obstante parecía inglesa por la nivea blancura de la tez y el rubio color de sus cabellos, tan finos, pero más abundosos que suelen serlo los de las hijas de Albión. Este tipo de Carmen requería los ojos azules más ó menos claros; mas por delicioso capricho de la naturaleza, tenía la joven *con mucho negro y mucha luz*, como dice una copla andaluza, y al mismo tiempo tan suaves y acariciadores, que vistos una vez no podían olvidarse. Agréguese á esto la inteligente expresión de la fisonomía, el gracioso plegado de una boquita de perlas, la soltura del talle, la finura de la sonrosada oreja, la hidalga blancura de las manos estrechas y largas, la elegante curvatura

de los piecitos y otros perfiles de raza que son como filigranas de la naturaleza, y se explicará el por qué aquellas buenas gentes miraban á Carmen embelesadas; pues en éstas labra más la impresión de los dones excepcionales de la belleza, por lo mismo que no tienen ocasión de verlos á menudo.

La hija del marqués de Marbella, con su vestido color de tórtola y el pañuelo de lino puesto en chal, parecía entre aquellas muchachas lugareñas de acentuadas facciones, encendidas de color y vestidas de colorines, una rosa blanca entre un manojo de claveles.

Pero seguramente la que miraba á Carmen con más embebecimiento era la vieja ex nodriza. Estaba de pie detrás de ella, la joven se había quitado su sombrero de paja florentina, y la buena mujer no se contentaba con mirarla, sino que de vez en cuando acariciábala, el blando cabello como cuando era pequeña.

Siguió el *yantar* de los postres. El tío *Caracoles* comía, bebía y alguna vez miraba al cielo. Porque las nubecillas destacadas del horizonte marino habían formado ya un celaje compacto, ocultando el aéreo camino que recorría el sol poniente. Conocía aquél estos síntomas, pero nada decía; quizá no era partidario del sistema preventivo. Al final de los postres, Juan, el hermano del novio, mocetón que había heredado el genio alegre de su padre y que tenía el mote de *Pitoclaro* porque pitaba muy fuerte, soltó en efecto un silbido estrepitoso que estremeció á los delicados de nervios, y luego exclamó con voz pañera del silbido:

— ¡A bailar, caracoles!, como dice mi padre. ¿Dónde se ha visto una boda sin baile?

— ¡Sí, sí, á bailar!, corearon otras varias voces.

— Pero, muchachos, observó el padrino de boda. ¡Con el calor que hace!.. Os vais á derretir.

— Bailaremos cosas sosegadas, replicó Juan. Y luego repuso:

— ¡Eh, tú *Pobreroto*, á ver si acabas de tragar y nos tocas un tango!

Era el aludido un chicuelo como de doce á catorce años, músico obligado de todos los holgorios de la Línea. Llamábanle *Pobreroto*, mote que sólo le cuadraba á medias; pues si bien pobre, su madre, que era muy hacendosa, le tenía limpio, recosido y aseado. En el momento del apóstrofe estaba sentado en el suelo, relamiendo con fruición un pedazo de pan untado de miel. Al oír aquél, apresuró los últimos mascullones, limpióse los labios, tomó un violín y un arco que yacían sobre la hierba y comenzó á rasarle. Entretanto había ya seis parejas en actitud de baile. Antes había dicho Juan:

— Cuando la señorita Carmen quiera bailar, aquí estamos todos esperando la *satisfacción* de que nos elija.

Pero Carmen continuaba sentada, dejándose abanicar por su ex nodriza, lo cual hacía ésta con un pericón.

Empezó el baile, mas á los primeros pasos cesó la música, por causa de que al *Pobreroto*, inflado de comer y beber, entróle una modorra mayúscula. Ya iba á darle el novio una sacudida, cuando distrajo la atención general la siguiente exclamación del señor Antonio Corzuelo, que se hallaba cerca de uno de los rompimientos de árboles:

— ¡Caracoles! ¡Y lo que se nos viene encima!

El primer movimiento de todos fué mirar al cielo, que como ya sabemos, estaba sospechoso. Pero lo que venía, venía por la tierra.

IV

Era un jinete tan singular que bien justificaba la exclamación del tío *Caracoles*. Montaba un caballo tordo con cabos blancos y de soberbia estampa y mucho braceo, aunque venía al paso, enjaezado con freno y estribos vaqueros de plata, silla jerezana de las llamadas de concha, forrada de damasco color de castaña, y pretal y baticola con caireles de plata y seda. El rumbo del jinete correspondía al del caballo, puesto que llevaba castoreño con cintillo de oro, chaqueta de paño fino azul oscuro, chaleco abierto de tisu negro y oro, por donde asomaba riquísima camisa, faja de seda blanca, calzón ancho hasta la rodilla y botines de taflete de color azul casi negro. Este traje era arcaístico y quería parecerse al usado por los majos y gitanos ricos de fines del pasado siglo, pero resultaba airoso y deslumbrante llevado por quien lo llevaba.

— ¡Caracoles, pues si es un señorito vestido de majo!

Esta exclamación sintetiza al jinete, que era un joven como de veinticinco años de edad, blanco, rubio obscuro, alto, gallardo y de facciones y aspecto tan finos, que á pesar de lo bizarro del traje trascen-

dían á señorío. Se dirigía hacia *el Pradillo*, al paso de su montura, *abrigándola* á la andaluza. La mayor parte de los concurrentes á la boda, especialmente las mujeres, habíanse aproximado á la linde de los árboles á verle venir, y en todos causó extraordinaria sorpresa. Aproximóse el jinete, saludó quitándose el sombrero, y dijo al tío *Caracoles*, que se había adelantado á recibirle:

— ¡Buenas tardes! ¿Se divierten ustedes?

Estas palabras nada tenían de particular, pero aumentaron la curiosidad, pues fueron dichas lentamente y con acento extraño. El tío *Caracoles*, que tenía una copa y una botella en las manos, contestó:

— Sí, señor, nos divertimos, y usted con nosotros, si gusta. Pero diga usted, buen amigo, aunque sea mal preguntado, ¿de dónde es usted?, porque usted no es de esta tierra.

— Soy francés, y español de corazón, dijo el joven.

— Pues vaya esta cañita, por eso del corazón.

Y el tío *Caracoles* ofreció á aquél una copa de manzanilla. Tomóla el joven, tiró el líquido á lo alto, volviendo á recogerle en la copa, y se la bebió de un sorbo.

— ¡Ole por los buenos mozos!, exclamó el tío *Caracoles*.

Durante esta escena, el jinete había escudriñado con la mirada *el Pradillo*. Vió á Carmen, que en último término del grupo de curiosos le miraba con atención, y notó también que mozos y mozas estaban pareados.

— A lo que parece, ¿iban ustedes á bailar?, preguntó.

— Sí, señor, pero se nos ha dormido la música, contestó *Pitoclaro*, señalando al *Pobreroto*, que después de algunas cabezadas, había caído como un tronco sobre la hierba, con el violín empuñado.

— Pues si no es más que por eso, yo serviré de orquesta, repuso el recién llegado. Precisamente el violín es el único instrumento que sé tocar.

Y mientras decía esto, desmontó con gentil desembarazo, ató el caballo á la púa del tronco de un árbol, y entró en *el Pradillo*. Atravesóle, volviendo á saludar á todos y en particular á Carmen, que había vuelto á sentarse; desasíó el violín de la mano del *Pobreroto*, procurando no despertarle, y examinó el instrumento.

— ¿Podrá usted tocar en ese cascajo?, preguntó el novio.

— No, el violín no es malo; lo que está es mal cuidado, contestó el joven.

Templó, tomó el arco, arrimóse á un árbol próximo al sitio en que estaba Carmen, y dijo:

— ¿Qué toco?

— Pues, mire usted, íbamos á bailar un tango, contestó Juan.

— ¡Vaya por el tango!

Preparáronse las parejas. El músico improvisado prorrumpió en un preludio tan brillante y tan bien tocado que arrancó un aplauso general. Aquellas buenas gentes nunca habían oído cosa semejante y miraban con admiración al violinista. Llegaron los compases de tango y comenzaron á bailar. De vez en cuando interrumpía el músico el motivo del baile, y divagaba en el violín: imitó los gritos del gallo, del cerdo y del cuclillo, entre el asombro de los concurrentes, volviendo á tomar el compás del tango.

De repente gritó el tío *Caracoles*:

— ¡Se agüó la fiesta!

Así era en efecto. Comenzaron á caer grandes gotas de lluvia, que daban en la cabeza á los convidados, ó brillaban en un momento sobre la hierba del *Pradillo*. Sobresaltáronse todos, y el tío *Caracoles* volvió á decir:

— ¡Ea, á cargar pronto el carro! Los que no tengan que hacer, en seguida al pueblo. Señorita Carmen, á casa. No tardará el chubasco, pero creo que nos dará tiempo.

Pusieron todos en movimiento. Los novios, padrinos, mujeres y personas proveyas de la boda se dirigieron apresuradamente á la Línea. El tío *Caracoles* y algunos mozos quedáronse para cargar el carro, dirigidos por *Pitoclaro*, que era un prodigio de actividad.

He dejado á propósito para lo último á Carmen y al joven extranjero. Desde las primeras gotas de lluvia, el criado que acompañaba á aquélla abrió el inmenso paraguas que llevaba para protegerla de la lluvia, y recogió la banquetita en la que había estado sentada. Todos querían acompañarla á *la Sombrosa*, donde como ya sabemos habitaba, pero ella se opuso resueltamente. Despidióse apresuradamente de todos, ató las bridas de su sombrero, levantóse un poco la falda, dejando ver sus diminutos piecitos, y tapada con el paraguas por el criado, echó á andar á buen paso. Desde que empezó la lluvia habíanse asomado á una de las ventanas del palacio, que daba al

campo, dos personas ancianas de distinto sexo. «Es el señor marqués y doña Victoria,» habían dicho algunos de los que desde la linde del *Pradillo* seguían con la vista á la linda joven, admirando su gentileza. Llegó ésta á la puertecita del palacio, en donde la esperaba un criado, detúvose un momento antes de entrar y saludó á todos con el pañuelo.

A pesar de que la lluvia arreciaba, el joven extranjero fué de los más rezagados. Vió partir el carro, ya cargado, hacia el pueblo, montó en su caballo, dió vuelta al *Pradillo* y pasó muy lentamente por frente á la fachada de *la Sombrosa*. Luego picó espuelas y se encaminó al galope hacia Gibraltar.

V

El temporal iniciado la tarde de la boda duró dos días. Llovió mucho y los pocos ratos que dejaba de llover se levantaba un viento huracanado. Lo más particular era que cuanto más llovía aumentaba más el calor. Por fin, al tercer día amaneció el cielo despejado. El viento de los días anteriores habíase convertido en brisa que por ser terrenal no tenía nada de fresca. A las ocho de la mañana próximamente la hija del marqués de Marbella asomóse á una ventana del piso bajo del cuarto de su padre, que daba al campo. Gustábale más esta habitación que la que ella ocupaba, situada en la parte que daba al jardín, cuyo horizonte era limitado. El marqués aún no se había levantado, y ella aprovechó la ocasión de admirar el pintoresco panorama del campo de Gibraltar, que en aquella mañana era aún más atractivo. Había estado lloviendo hasta poco antes de ser de día, y aunque al amanecer desvanecieron los nublados, el sol no había tenido tiempo de secar el campo. Todavía estaban húmedos los árboles del *Pradillo*, la brisa movía suavemente la hierba y rizaba el agua de los charcales donde reverberaba la luz del sol.

Carmen no se fijó al principio en estos detalles, porque dilató la mirada al lejano horizonte. Allí estaba la masa informe del Peñón, la cinta azulada del mar. A la izquierda la costa malagueña, á la derecha la bahía y más á la derecha la Punta del Carneiro, á la que comenzaba á bañar el sol, haciéndola parecerse á un horno encendido. Así es que mirando á la lejanía no vió á un joven, con aspecto de artista, que sentado en el repecho que formaba la linde del *Pradillo*, dibujaba en una cartera apoyada en las rodillas. Llevaba sombrero hongo de flexible fieltro, cazadora de terciopelo color de granate y botines altos de paño. Hallábase sentado frente al palacio de *la Sombrosa*, dibujando al parecer la vista de la fachada que daba al campo.

Cuando Carmen se asomó á la ventana, el joven tomó unos gemelos de teatro, que estaban á su lado en el suelo, y miró con ellos, dibujando al mismo tiempo. Poco después reparó en él la linda madrugadora. Aunque *la Sombrosa* está cerca del *Pradillo*, no es posible á aquella distancia reconocer bien á las personas, y Carmen, impulsada por la curiosidad, entróse un momento y volvió á salir á la ventana, provista también de gemelos, cuyo rayo visual cruzóse con los del dibujante.

Este, como habrá adivinado demasiado el lector, era el joven extranjero, el majo arcaístico, el hábil violinista de la tarde de la boda.

El primer movimiento de Carmen fué quitarse de la ventana, como en efecto se quitó. Pero volvió á asomarse, y apoyada en el alféizar miró á todas partes, menos hacia el *Pradillo*. No es posible asegurarlo, pero debe deducirse que mientras dejaba vagar la mirada, su pensamiento se ocupaba del paisajista que tenía enfrente, y no es arbitrario suponer que con ese *rabillo de ojo* peculiar á las mujeres, le observaba.

Pasaron algunos minutos. El sol empezaba ya á dar en la ventana, en la que se hallaba Carmen (y aquella mañana el sol picaba desde muy temprano), y sea por esto, ó porque viese que el dibujante, después de cerrar su cartera, se dirigía hacia el palacio, retiróse la joven de la ventana y dejó caer estrepitosamente la persiana cortina.

Desde aquel día, no transcurrió ni uno siquiera en que Carmen dejase de ver, bien por la mañana ó á la postura del sol, al joven extranjero, cuando se asomaba á la ventana de la habitación de su padre. Algunas veces veíale pasar á caballo, pero con más frecuencia sentado en los alrededores del *Pradillo*, dibujando ó haciendo que dibujaba. Si estaba lejos, Carmen permanecía en la ventana; si le veía aproximarse, se retiraba sin afectación. Indudablemente, *la Sombrosa* debía ejercer atracción en aquel joven que se pasaba horas y horas sentado ó vagando por sus alrededores, y de seguro no podía menos de atraer la atención de la linda hija del marqués de Marbella. El lector puede deducir consecuencias.

Transcurrieron algunos días. Una noche, ya muy entrada, puesto que hacía ya tiempo que había sonado el cañonazo que en la plaza de Gibraltar equivale al toque del *Angelus*, Carmen hallábase sentada á la ventana. Hacía un calor fenomenal, aun para aquella costa en que suele hacerle hasta fines de octubre. Había una luna muy clara que á veces se velaba tras de grupos de nubarrones diseminados. Cantaban los grillos como en el rigor del verano, y se sentían efluvios de electricidad.

Carmen se abanicaba, pues no corría ni el más mínimo soplo de aire. Oyó ruido de pasos, y se asomó al enrejado de la ventana para ver quién pasaba, al propio tiempo que la luna salía de entre un espeso nubarrón, y vió al que veía con tanta frecuencia, al joven extranjero, que venía siguiendo la fachada del palacio, pero á alguna distancia. Cuando iba á pasar, el pañuelo que Carmen tenía en la mano cayó al suelo por entre los hierros de la ventana. El joven se aproximó, recogió el pañuelo, saludó, y con el sombrero en la mano dijo con lentitud:

— ¿Creo, señorita, que se le ha caído á usted este pañuelo?

Carmen, tomándole, contestó:

— No se me ha caído, lo he dejado caer.

— ¡Ah!

— Sí, caballero, deseaba decir á usted cuatro palabras, y he buscado este medio.

El joven permaneció silencioso.

— ¿Tengo entendido que es usted francés?

— Me llamo Grammont, señorita.

— Pues bueno, voy á hablar á usted en francés para que me entienda mejor.

— En efecto, comprenderé mejor, dijo en francés el joven; pero usted, señorita, ¿es española?

— Sí, mas me he educado en París..., oiga usted.

— La escucho con todo mi corazón.

Carmen titubeó, y luego dijo:

— He notado que anda usted con frecuencia por estas cercanías...

— Ciertamente, señorita. Me ocupo en tomar vistas de este pintoresco país. Hace días dibujé la preciosa posesión en que usted habita, é hice un boceto de su dueña.

— ¿Mío?

— Estaba usted á la ventana y aproveché la ocasión.

— Pues bien, caballero: yo respeto la libertad de acción de usted, pero debo advertirle que en el campo se repara en todo, y ya hay quien ha notado la asiduidad de usted en frecuentar estos sitios.

— Pero, señorita...

— Esta asiduidad puede ser inconveniente para mí. Así como mi aya, habrá otras personas que hayan reparado ó reparen la presencia de usted...

— Permítame usted que la interrumpa. Si es notada mi presencia en estos lugares, aun admitida la suposición que usted indica, debo advertirle, aunque sea presunción, que nada perdería usted, bajo el punto de vista social.



Sí, caballero, deseaba decir á usted cuatro palabras...

Chocóle á Carmen el tono un tanto altanero con que fueron dichas estas palabras, y replicó:

— No discuto, caballero, la personalidad de usted, pero sentiría que llegasen hasta mi padre ciertas suposiciones. Es meticoloso y además tiene agriado el carácter por causa de sus achaques.

Y como viese que el joven hacía un movimiento de impaciencia, repuso:

— La verdad es que son ociosas mis advertencias, en atención á que mañana me ausento de estos sitios...

— ¿Que se ausenta usted?, exclamó el joven con arranque. Si me fuera permitido preguntar á usted dónde va.

— Pues á Madrid, caballero, á pasar el invierno al lado de mi tía la duquesa de Rocamora.

— Entonces, señorita, huelgan efectivamente sus recelos... Nos veremos en Madrid, en donde yo debía estar hace tiempo, y allí...

— El cañonazo, interrumpió Carmen incorporándose del alféizar de la ventana en que estaba recostada; me retiro.

Aludía al segundo cañonazo que durante la noche se dispara en la plaza de Gibraltar, que equivale al antiguo toque del *cube-fuego*. Después de esta señal de recogimiento, nadie, sin permiso especial, puede transitar por el recinto de la ciudad.

— Paréceme, señorita, que esa orden estrepitosa no obliga á los moradores del campo, dijo el joven en tono ligero.

— Mi padre y yo nos sentamos á la mesa á cenar después de oír el cañonazo.

— ¡Ah, ya!

— Sí, porque si le oyésemos antes nos haría daño la colación. ¡Buenas noches, caballero!

Cerró la ventana, dejando al joven un tanto preocupado por sus últimas palabras.

PARTE SEGUNDA

I

Una gran parte del *todo Madrid*, de que se ocupan los cronistas de salones, y que se reduce á tres ó cuatro mil personas que pululan en todos los sitios en que hay ocasión de solazarse y exhibirse, hallábase reunida en la embajada de Francia, en donde había recepción y baile. Aquella fiesta era la primera que daba el embajador *nuevo* en la corte de España; su señora venía precedida de gran fama de elegancia y distinción, y con estos motivos la curiosidad espoleaba el deseo de divertirse. Transcurrida la primera hora, que es la del análisis, puesto que en ella se comenta el modo de recibir de los anfitriones, los trajes y joyas de las damas y se pasa revista á los concurrentes ó á los que brillan por su ausencia, todo el mundo convino en que el diplomático francés había dejado bien puesto su pabellón. Después de la llegada de los rezagados y de haberse bailado dos ó tres veces, comenzaron á desprenderse grupos de la multitud apiñada en el salón de baile, diseminándose por las otras salas y piezas, que eran varias y espaciosas. Atravesando algunas de éstas con paso presuroso y charlando con animación, dos jovencitas entraron en un gabinete destinado aquella noche á tocador de señoras, adonde no podemos seguir las, porque nos lo impide uno de esos ángeles invisibles que guardan los sitios en que se refugian el pudor ó la coquetería femeninas. A una de estas jóvenes la conoce el lector, puesto que era la hija del marqués de Marbella, la señorita Carmen, mencionada ya en la primera parte de esta narración. De la otra, basta con decir que era sobrina de la embajadora de Francia, que ayudaba á sus tíos á hacer los honores de la casa. Permanecieron ambas un buen rato en el tocador, quizá reponiéndose de las averías que el baile había hecho en su tocado, y salieron de aquél con más reposo, deteniéndose á hablar con las muchas personas que las saludaban. Presentaban aquellas dos jóvenes un contraste encantador y un casi contrasentido de la naturaleza, medida por el rasero de la preocupación vulgar, que la encierra en determinados moldes. Carmen, la española, nacida en el cogollo de Andalucía, esto es, en Sevilla, parecía, como ya se ha dicho, el arquetipo de la blanca y delicada belleza inglesa; y Leonie, que así se llamaba la sobrina de la embajadora, alsaciana de nacimiento, ofrecía el tipo de la mujer meridional. Tenía el pelo muy negro y algo encrespado, á pesar de los cuidados del tocador; era sumamente morena, con el cutis áspero de la cáscara del melocotón; su pecho y brazos de matrona hacíanla aparentar más años de los que en realidad tenía, que no llegaban á los diez y nueve, y á no ser por su aspecto fino y gracioso y por su flexible talle de avispa, hubiérasela tomado por una serrana andaluza.

(Continuará)

NUEVOS RUMBOS

DE LA ORNAMENTACIÓN MODERNA

POR F. LUTHMER

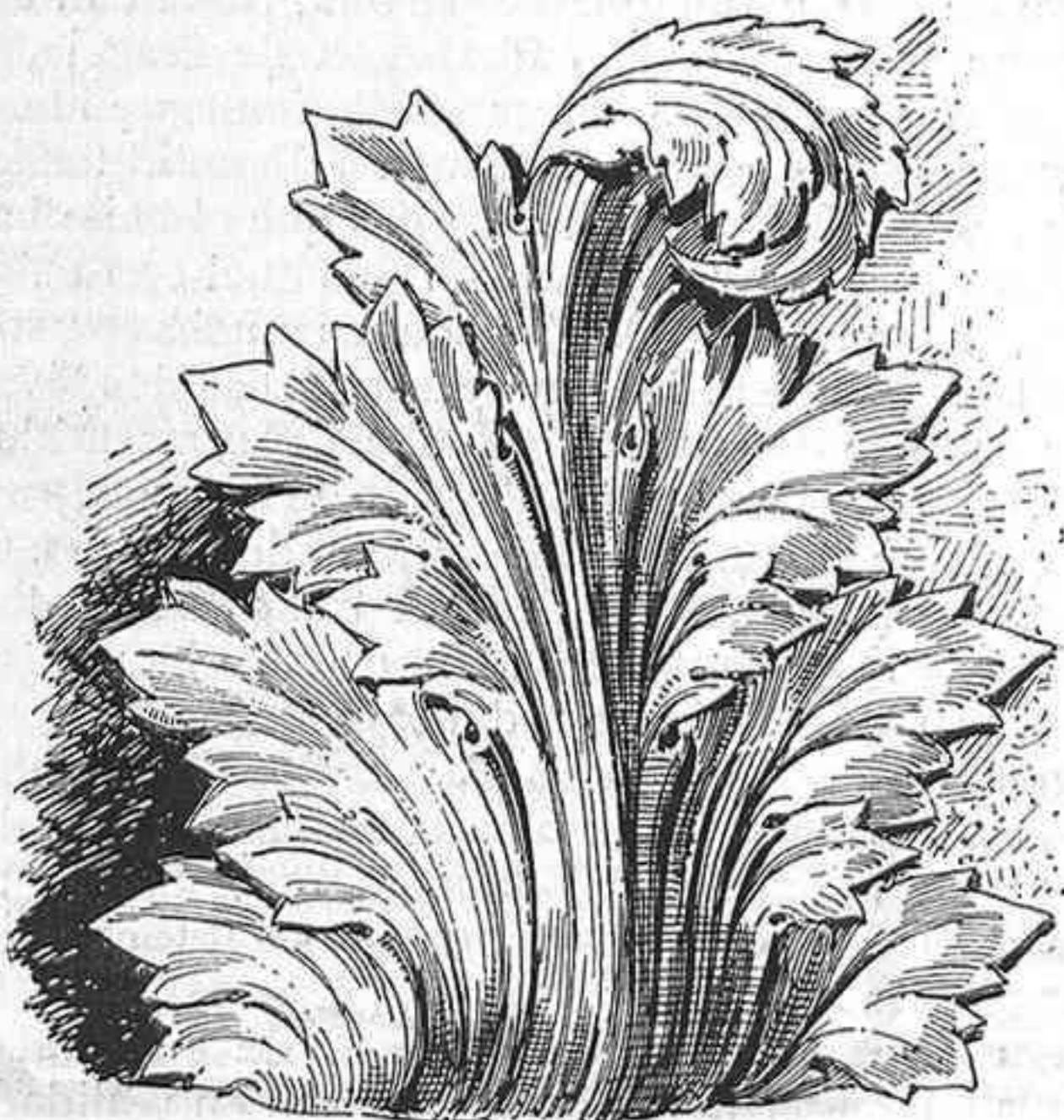
Muchos de los que leen el presente artículo no se sentirán de momento atraídos por la materia que en él se trata. ¡Ornamentación! ¡Quién se preocupa de estas cosas! La voluta se ofrece constantemente á



Acantho griego

nuestros ojos dondequiera que los dirijamos, así en las pinturas ó artesonados de nuestros techos como en los dibujos que con azúcar traza el confitero en las tortas, lo mismo en los almohadones que para el día de Nochebuena bordán nuestras esposas que en las facturas de nuestros proveedores. ¿Cómo, pues, no ha de sernos indiferente la ornamentación? Indiferente y á veces molesta, sobre todo cuando la vemos en nuestros muebles formando mil nidos para el polvo y haciéndonos suspirar por los limpios muebles lisos ingleses, que han prescindido al fin de tan inútil aditamento.

En realidad hay un gran número de personas que padecen de cierta dureza de ojos envidiable y que en general no distinguen más que entre liso y abigarrado: que la voluta mire hacia la derecha ó hacia la izquierda, que sea de forma humana, animal ó vegetal, les tiene completamente sin cuidado. Y á decir verdad, mucha culpa tiene en esto la ornamentación misma que encontramos prodigada en todas partes y en todos los objetos. Este abuso explica el hecho de que respiremos con satisfacción cuando una nueva tendencia del gusto hace prevalecer las formas lisas, los velones de latón que una mano cuidadosa hace relucir como oro, las paredes de los comedores cuya blancura de cal destaca sobre un zócalo de madera pulimentada. Como justificación del ornamento puede aducirse, sin embargo, que en algunos casos es un mal necesario para ocultar defectos de construcción del objeto decorado: ese juego de porcelana, por ejemplo, adornado con florecitas, es sencillamente porcelana de desecho que al ser cocida ha dejado asomar á su superficie algunas manchitas; si se le dejara en su color natural nadie lo compraría á causa



Acantho romano

de estas imperfecciones, razón por la cual el fabricante lo entrega á un pintor que oculta tales defectos con florecillas y mariposas. También los relieves y

molduras que adornan las estufas de hierro son un subterfugio indispensable: preguntad al fabricante y él os dirá que la fundición de una de esas piezas es mucho más difícil y comprometida cuando son lisas que cuando tienen aquellos adornos, pues éstos encubren las pequeñas depresiones de una superficie plana ó los ligeros desvíos de una línea recta. De modo que en estos dos casos no hay más remedio que demandar gracia para la ornamentación.

Pero sucede con ésta lo que con otras mil cosas que á diario vemos, como los fenómenos de la naturaleza; la costumbre embota nuestros sentidos respecto de ellos y los presenciamos sin interés, hasta que un día, quizás por casualidad, nos fijamos en lo que tantas veces nos ha sido indiferente. Y cádate que á la primera mirada atenta nace el interés, y redoblando nuestra atención acabamos por admirarnos de haber contemplado impasibles un fenómeno que entonces nos recompensa de tal modo nuestro esfuerzo, que no podemos menos de estudiarlo y ponerlo en relación con otros.

Los que por vocación han estudiado la ornamentación, la han considerado, para comprender su teoría, desde dos puntos de vista, preguntándose primero «¿qué nos dice?» y después «¿de qué elementos se compone?» La primera pregunta nace del supuesto de que la ornamentación es un lenguaje, como el de las imágenes y el de los jeroglíficos, que nunca pronuncia palabras incoherentes, sino que, por el contrario, ha de decir algo determinado, ha de expresar un pensamiento concreto. Donde menos resulta esto es, por ejemplo, en un tapete en el que aparecen regularmente distribuidas varias flores: este adorno no tiene en este caso más objeto que animar de una manera agradable aquella gran superficie, ofrecer á los ojos un objetivo simpático. Pero en otros casos, si conocemos el lenguaje de la ornamentación, nos sorprenderá apreciar las muchas cosas que nos dicen los adornos que nos rodean, los muchos pensamientos de que son expresión. Como la teoría no se apura en esto de aplicar palabras, á esa expresión se le ha dado el nombre de *gramatical* cuando el adorno se refiere sólo á una parte de un objeto artístico, de un mueble ó algo análogo, dejando comprender una determinada aptitud del mismo, y de *simbólico* cuando afecta á la importancia del objeto en su conjunto.

Un ejemplo: tengo á la vista un vaciado de un trípode de bronce del Museo de Nápoles, cuyos pies terminan por abajo en una garra de león, y por arriba, junto á la mesa, en una corona de hojas ligeramente inclinadas unas encima de otras. La garra me dice que el trípode descansa ligeramente sobre el suelo y que no está destinado á permanecer en un sitio fijo, sino á ser colocado tan pronto en un lugar como en otro. La corona de hojas me habla del peso que el pie del mueble ha de sostener; las hojas elásticas se enderezan hacia arriba y se han doblado un poco al peso de la mesa.

Otro ejemplo: en un broche hay dos cabecitas de ángel inclinadas que se dan un beso; no puede expresarse de un modo más sencillo y simpático que aquel adorno es un presente de amor. La cruz que el encuadernador ha puesto en la tapa de tal libro me dice claramente que el contenido de éste no es una novela ni una colección de poesías profanas, sino un devocionario. En ambos casos el ornamento es símbolo explicativo.

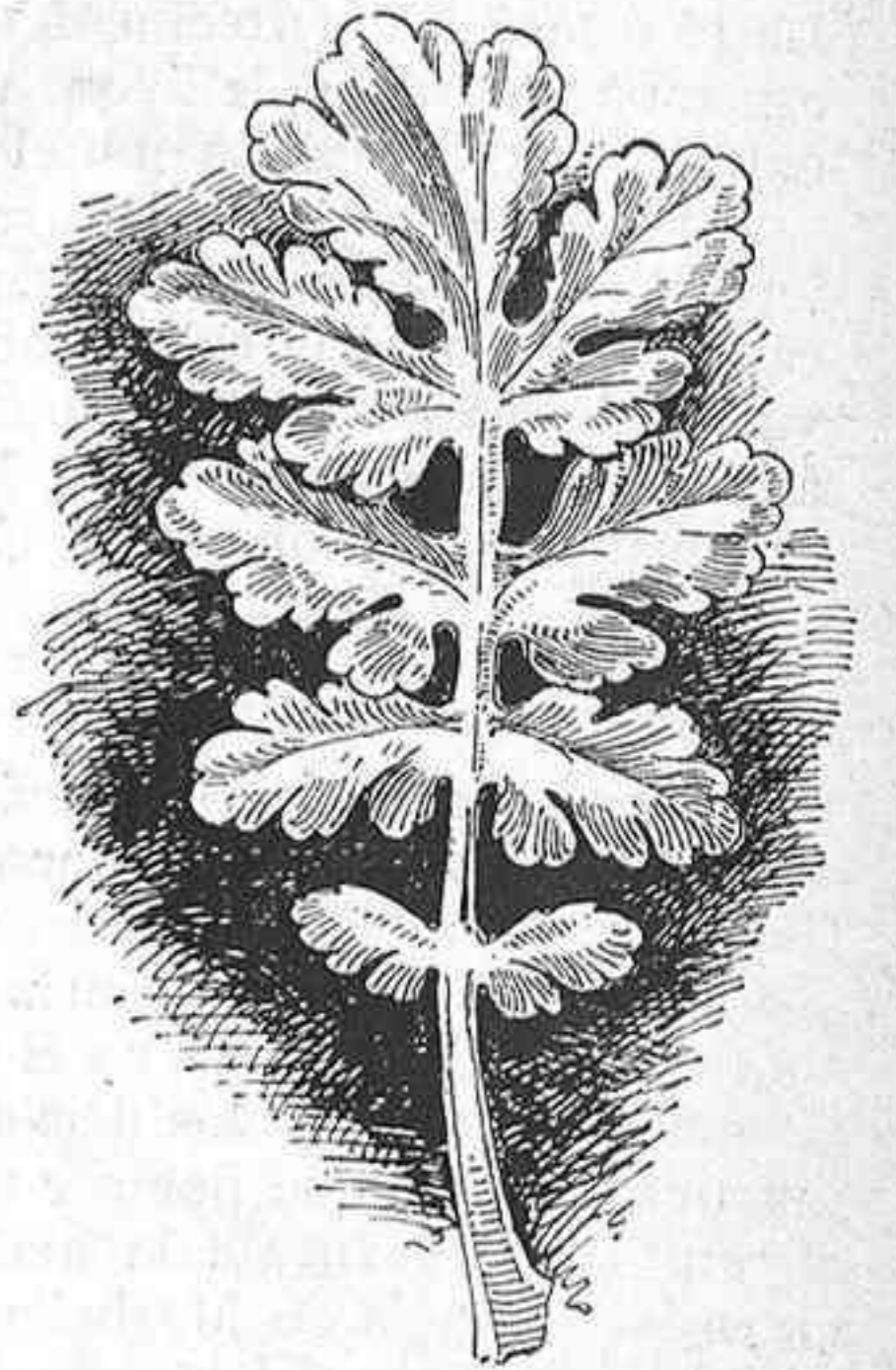
¿De qué elementos se compone el adorno? Esta es la segunda cuestión que se nos presenta en cuanto nos vamos interesando algo con la ornamentación. Con pocas y pasajeras excepciones, el reino vegetal es el que ha hecho el gasto en la inventiva de todos los tiempos y de todos los estilos: sólo en casos aislados y con carácter simbólico utilizábase como complemento imágenes de hombres y de animales. Esto sentado y teniendo en cuenta las mil y mil variaciones distintas con que la naturaleza desenvuelve en las plantas el mismo tema fundamental, cualquiera creería que el número de asuntos ornamentales que de este manantial prodigioso ha tomado el hombre es incalculable. Y sin embargo, asombra el ver cuán reducido es, por lo general, el catálogo de plantas que en la ornamentación han entrado desde los tiempos más remotos. Los artistas del período anterior al mundo clásico únicamente emplearon, entre tan infinita variedad de formas, la flor del loto, la hoja de palmera y el papiro. La ornamentación de los griegos y de los romanos enriquecióse, en los casos en que tomaba aspecto monumental, con la hoja y la flor del *Acanthus mollis*, el capullo de la madreselva, la hoja admirablemente dentada de las aráceas, con las flores de éstas y con las hojas del olivo y del laurel.

Si entramos á estudiar la pintura de los vasos griegos, descubrimos en sus diminutos y delicados adornos un mayor aprovechamiento de la provisión de motivos que ofrece la naturaleza, y encontramos diseminados en aquellos objetos los convulvulos, los nenúfares, las ramas de hiedra con sus pequeños racimos y algunas flores y capullos cuyo origen no es fácil reconocer.

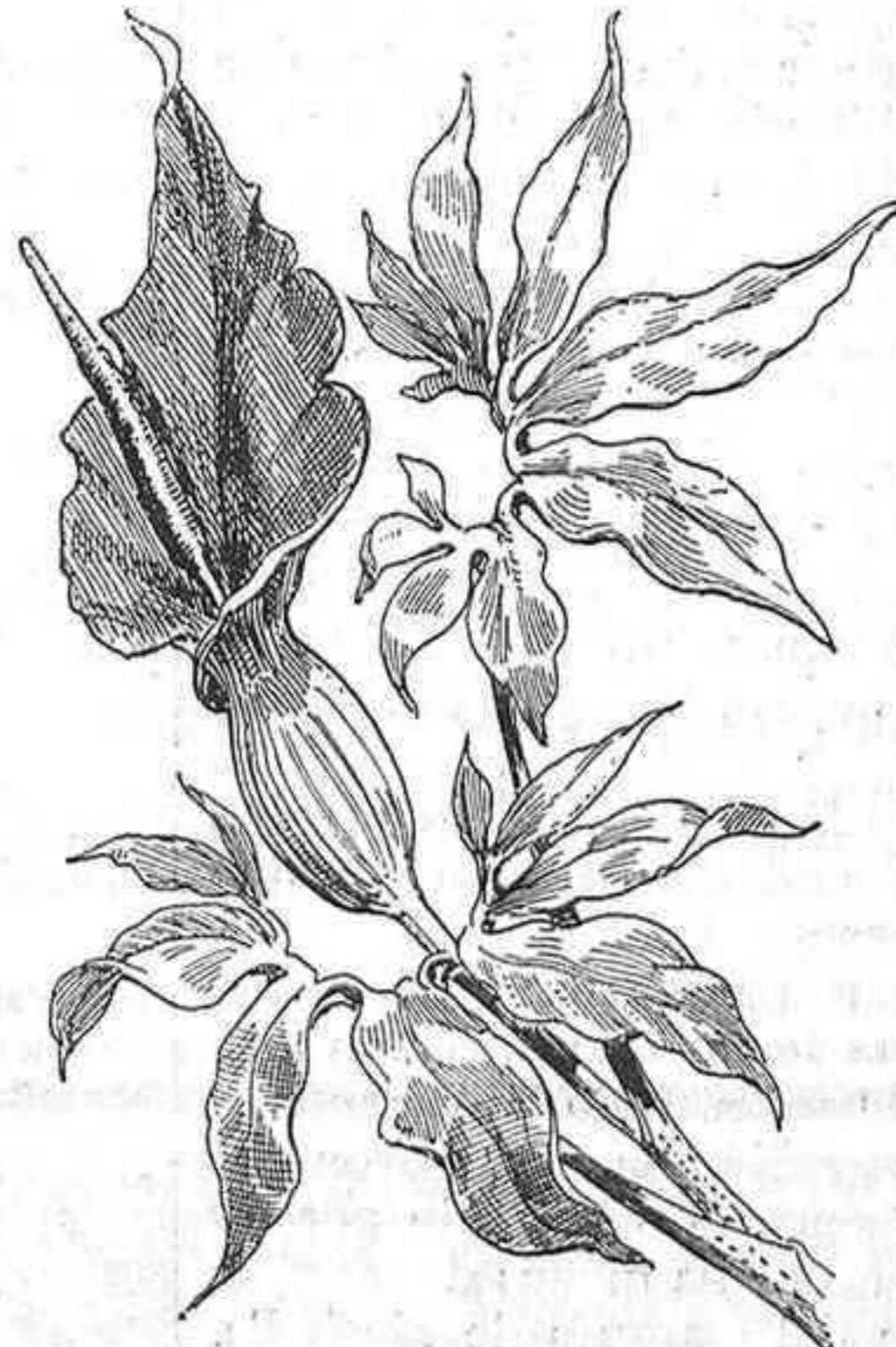
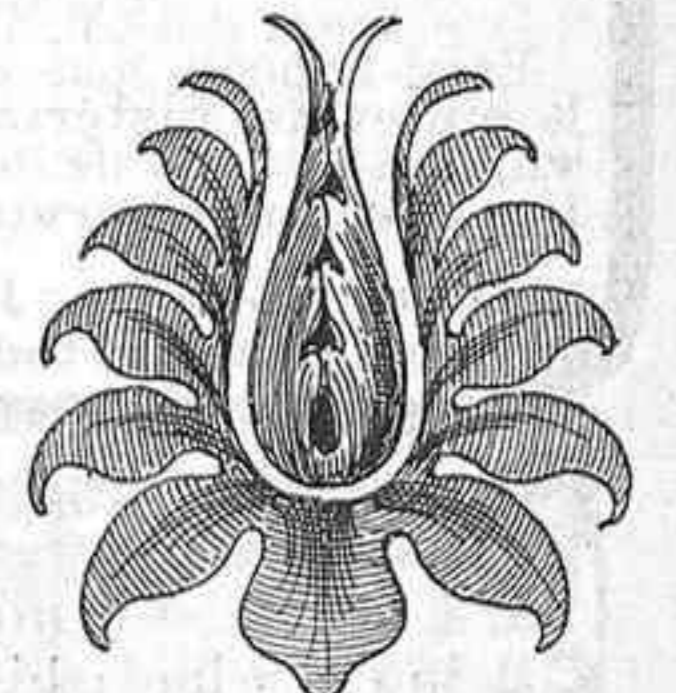
En el primer período de la Edad media, el arte de Bizancio y el del estilo romano de Occidente revelan muy poca inventiva en punto á ornamentación, limitándose á recoger la herencia del arte antiguo, sin comprender todo el valor de éste. Por lo

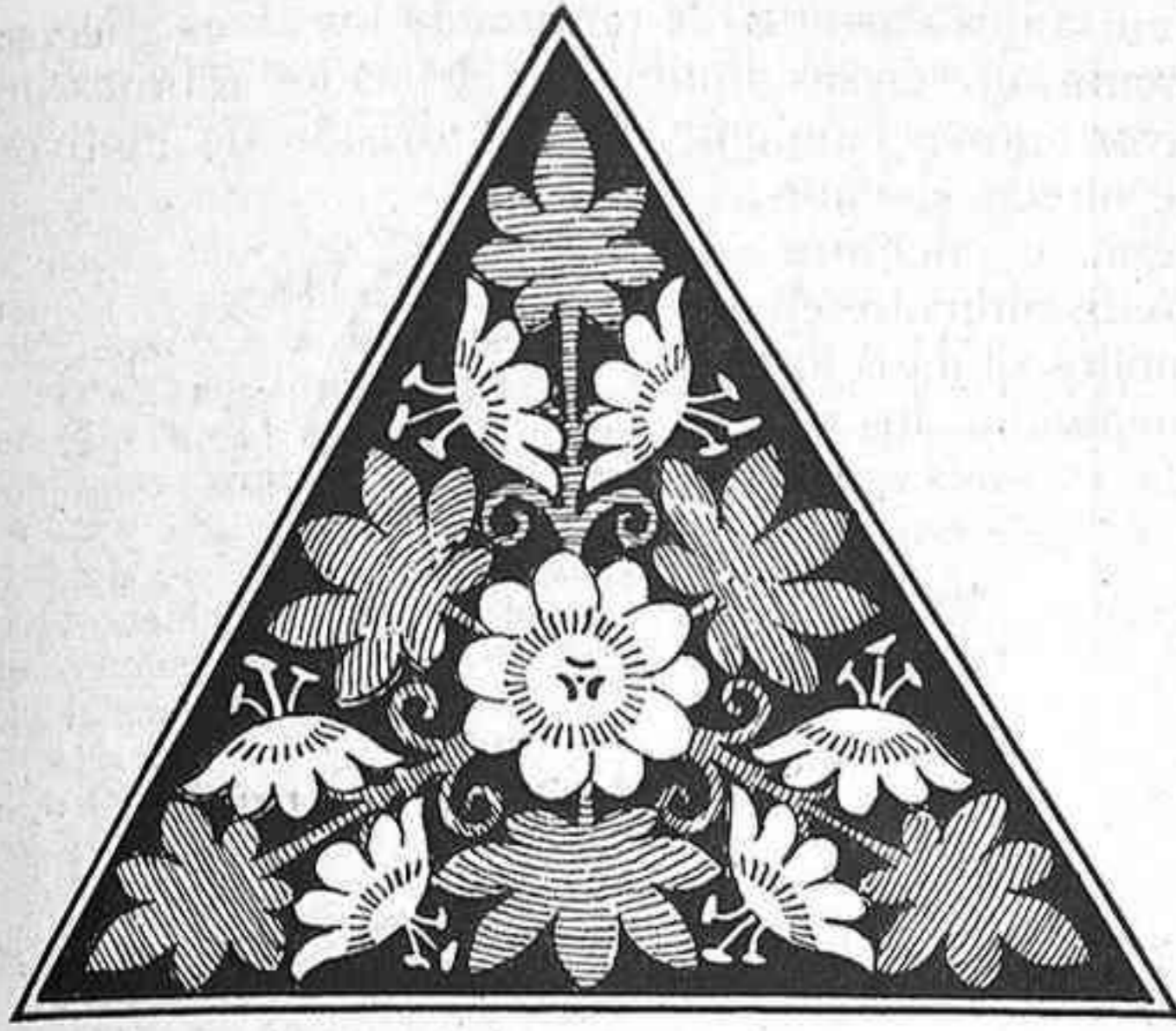
menos las innovaciones que en sus adornos encontramos revélanse, si se las estudia atentamente, como imitaciones equivocadas, como simples testimonios de la tradición artística que se ha perdido en las tormentas de la emigración de los pueblos. Hasta el siglo XII no aparece en la ornamentación medioeval una tendencia que hoy llamaríamos naturalismo. Del mismo modo que la arquitectura se emancipó en aquel entonces de las últimas tradiciones de la antigüedad y logró en el gótico una nueva y lozana vida apoyada sobre una base estética, así también la hija de aquélla, la ornamentación, abandonó la colección de formas que hasta entonces conservara. En presencia de la ornamentación del primitivo arte gótico nos parece como si aquellas inmensas moles de piedra hubiesen de repente descubierto de nuevo la naturaleza, y poseídos de un placer candoroso registramos en los jardines y en los bosques para encontrar entre sus flores y sus hojas los modelos de aquellos capiteles, de aquellos frisos, de aquellas molduras de madera de los vidrios pintados de aquellos ventanales. Así como la arquitectura gótica fué desarrollándose paulatinamente desde los gérmenes de sus comienzos en los siglos XI y XII hasta llegar á ser el árbol gigantesco y frondoso que abarca el arte todo de Occidente y puebla todos los países civilizados con sus magníficos y grandiosos monumentos, así también los adornos de que ella echa mano prefieren en su primer período las formas que le ofrecen los botones y los capullos para más adelante ostentar en toda su belleza las más variadas formas de las hojas y las flores. En un principio servían de modelo las plantas pequeñas, como el helecho que desenrolla sus hojitas, el germen que rompe el terruño, las cápsulas de semillas del musgo y de la grama; pero después acudió la ornamentación gótica á las formas complicadas de la rosa, del pámpano, de las hojas de arce, de roble y de hiedra. Y cuanto más se aproxima el estilo á su decadencia, tanto más complicados son el follaje de sus capiteles, los caracoles y las flores cruciformes, tomando entonces la ornamentación sus modelos en las hojas de col, en las largas hojas del sauce y hasta en las hojas marchitas y secas.

Desgraciadamente el gótico no conservó mucho tiempo este rasgo de sano naturalismo. Con el Renacimiento, también la ornamentación vuelve los ojos hacia atrás y se complace nuevamente en copiar el acanto y la palma de



Hoja de celidonia

Hoja de *Dracunculus vulgaris*, en sus formas natural y ornamental



Pasionaria en su aplicación ornamental, dibujo de F. G. Hulme

la antigüedad y los fantásticos pámpanos que de ninguna planta de la naturaleza están tomados; y aunque de vez en cuando algún artista, como Ghiberti en sus preciosos marcos de puerta, Rafael y Juan de Udine en los ornamentos de las loggias, buscan inspiración en la riqueza de formas que en flores y frutos atesora el bendecido suelo de Italia, por lo general el rasgo característico de aquel período, y especialmente en su posterior y exuberante desarrollo, sigue siendo el adorno por completo ajeno al natural.

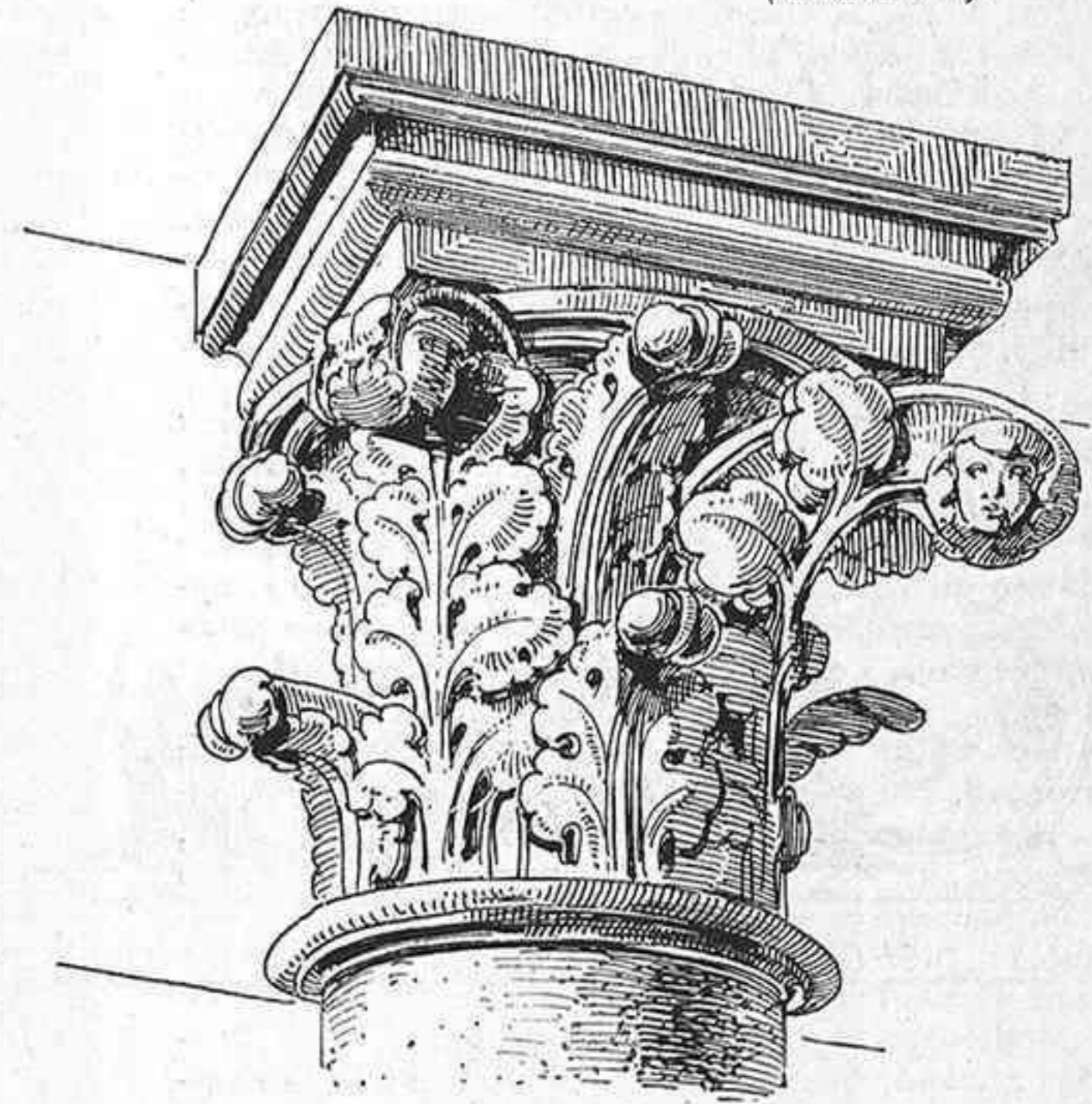
La predilección por la naturaleza que tuvo el estilo gótico no la encontramos en el barroco ni en el rococo, á pesar de que en este último hay algo de naturalismo que se manifiesta á veces en formas elegantes de flores presentadas como naturaleza muerta.

Nuestro siglo XIX no niega en punto á ornamentación el espíritu de dependencia, de falta de propia iniciativa creadora que atenuamos con el nombre de eclecticismo. Del mismo modo que uno tras otro han ido dominando el helenismo de la escuela berlinesa, la escuela románica de un Hubsch y de un Moller, el estilo gótico de los maestros rhinianos y el renacimiento alemán de los munienses, la ornamentación correspondiente á cada uno de estos estilos y escuelas ha sido estudiada en los establecimientos de enseñanza y propagada por la industria artística.

Pero en medio de esta falta de independencia, de este aprovechamiento de la herencia que los pasados siglos nos legaron, han surgido de cuando en cuando llamamientos para que la ornamentación, por lo menos, adquiriera mayor libertad y fuerza creadora. Unas veces en Alemania, otras en Inglaterra, otras en Francia han aparecido artistas que han querido apartarse de la senda rutinaria, y de día en día se ha manifestado más claramente el deseo de que la ornamentación sea un lenguaje que hable á nuestros ojos con espíritu moderno y vivificador. Y esta aspiración se ha traducido en el último cuarto de este siglo por el siguiente llamamiento: «Arrojad de una vez ese saco de cosas aprendidas en la escuela; mostraos hombres de hoy en cuanto á la ornamentación se refiere; haced tabla rasa de todos esos lotos, acantos, palmas y cartuchos, y buscad nuevos modos de expresión para vuestras ideas. Id á los bosques y á los campos, recorred los prados y los jardines, y allí encontraréis á millares las formas variadas que á vuestro alcance pone la naturaleza eternamente joven. Aprended á utilizaros de ellas, estudiadlas bien y tendréis una ornamentación de la cual podrá decirse que pertenece al siglo XIX, y dejarla á vuestros hijos como patrimonio por vuestro esfuerzo conquistado.»

Algunos de los artistas á quienes este llamamiento se ha dirigido han movido la cabeza con ademán de incredulidad y de previsora prudencia, y han exclamado: «Un idioma no se inventa; dadnos ideas nuevas y la nueva expresión brotará por sí misma: cuando nos pedís que revistamos con nuevas formas los asuntos viejos, no hacéis sino pedirnos que sustituyamos una mascarada con otra. El día en que la arquitectura y la industria artística consigan sorprendernos con nuevas construcciones, entonces también nosotros encontraremos para éstas una ornamentación nueva.»

(Concluirá)



Capitel de estilo gótico primitivo con hojas de celidonia

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALDESPEYRES
 73, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias!

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES & Co B^o St-Denis, 16

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Selne.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO HISPANO-AMERICANO
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**
 Suprime los Cólicos periódicos
E FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gástralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especidiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Elegir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Elegir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DOCTORES JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

MIGAJAS, por José López Silva. — TRABAJOS SUELTOS, por F. Pi y Margall. — De la Colección Diamante, que con tanto éxito publica el conocido editor barcelonés Sr. López Bernagossi, se han puesto á la venta los tomos 27 y 28: el primero comprende una colección de poesías del reputado escritor Sr. López Silva que, como pocos, sabe retratar los tipos y describir las escenas y cuadros de costumbres de la gente de los barrios bajos madrileños. En todas sus composiciones admiranse la naturalidad y vigor del lenguaje y su gran espíritu de observación para asimilarse y reproducir lo que la realidad le ofrece. Componen *Trabajos sueltos* tres interesantísimos trabajos del ilustre pensador Sr. Pi y Margall sobre el reinado de D. Amadeo de Saboya, sobre el historiador padre Juan de Mariana, y sobre el *Don Juan Tenorio*: inútil es encarecer, tratándose de escritor tan insigne, la valía de cuanto en el libro se contiene, pues no hay quien no rinda pleito homenaje al autor de *Las Nacionalidades*. Estos tomos véndense en las principales librerías al precio de dos reales cada uno.

GRANDEZAS DE ECÍJA, por el licenciado Andrés Florindo. — Escribióse este libro en 1630, y su autor, médico insigne de la ciudad de Ecija, propúsose con él adicionar la obra *Ecija y sus Santos* del padre Martín de Roa: tuvo gran éxito en su tiempo y mereció ser recomendado y ensalzado por los más severos censores. Como su título lo indica, describense en él las glorias de aquella ciudad, los hechos memorables por ella realizados y los varones ilustres que en santidad, religión, letras y milicia ha producido, haciendo de muchos de éstos detalladas biografías. Es, en suma, un documento al par que curioso de gran importancia histórica y merece elogios el editor ecijano D. Juan de los Reyes Sotomayor por haber llevado á cabo la reimpresión de un libro tan interesante, continuando así la laudable obra por él emprendida al reimprimir hace poco tiempo el otro libro citado, *Ecija y sus Santos*. Esta nueva edición de *Grandezas de Ecija*, copiada de la que en 1631 publicó su autor, el licenciado Florindo, forma un tomo en 4.º, de 250 páginas, que se vende al precio de cinco pesetas en la imprenta de Reyes (San Francisco, 12, Ecija) y en las librerías de Sanz, de Sevilla, y de Fe, en Madrid.



JOVEN DE LA SELVA NEGRA, dibujo de Hugo Konig

OBRAS DE FRAY VICENTE SOLANO. — Se ha publicado el tomo IV y último de esta obra cuya importancia encarecimos al aparecer los primeros tomos. El que ahora ha visto la luz comprende tres partes, que son: *Ciencias eclesiásticas y Polémica religiosa*, *Oratoria sagrada y Alocuciones pastorales*; entre los más interesantes trabajos contenidos en la primera merecen citarse especialmente los capítulos *Reflexiones sobre la autoridad temporal del Papa*, *La verdadera ilustración de un pueblo*, *Los Jesuitas*, *Nuevo método de progresar*, *La Biblia*, *Libros prohibidos*, *Doctrina cristiana*, *El clero ultramontano* y *La democracia*; en la segunda se insertan siete notables sermones, y la tercera contiene tres documentos pastorales escritos por el padre Solano, cuando era obispo de Cuenca (Ecuador) Fray José Manuel Plaza. Las obras de Fray Vicente Solano han sido publicadas por la casa editorial La Hormiga de Oro, de esta ciudad.

ANUARIO DE LA CLÍNICA PRIVADA DEL DOCTOR FARGAS. — El ilustre catedrático de Obstetricia y Ginecología de la facultad de Medicina de Barcelona, doctor D. Miguel A. Fargas, ha publicado el anuario de su clínica privada correspondiente á los años segundo y tercero de la misma. En él se insertan los siguientes trabajos: *De la intervención quirúrgica en los miomas uterinos*, por el Dr. Fargas; *De la torsión del pedículo en los tumores del ovario*, por el doctor Fábregas; *Criterio sobre la anestesia*, por el Dr. Estrany; *La cura séptica en la Clínica*, por el doctor Torras; *Tópicos vaginales*, por el Dr. Carbó; *Mesa de operaciones*, por el Dr. Fábregas, y *Estadística*, por el Dr. Fargas.

Aunque todos estos trabajos son muy notables y demuestran la especial competencia de sus autores en las materias de que respectivamente estudian, sobresale entre todos ellos el primero, en el que el Dr. Fargas hace gala de sus grandes conocimientos quirúrgicos en punto á las operaciones difíciles de que en él se trata. La estadística que al final del Anuario se inserta es el mejor título que el Dr. Fargas puede ostentar de su pericia operativa y de la bondad del sistema de curación que en su clínica se sigue, puesto que de 319 operaciones llevadas á cabo en poco más de dos años, sólo 10 han sido seguidas de defunción, resultado tanto más importante cuanto que las referidas operaciones pueden clasificarse en su mayor parte entre las más graves de la cirugía moderna.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto

por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALOIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas; como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION

ASMA

y toda afección
Espasmódica
de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ía}, N.º 102, R. Richelieu, Paris.

Las
Personas que conocen las

PILDORAS DE DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los
Ferruginosos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

G GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
que se conoce, en pocion ó
en inyeccion ipodermica.

Las Grageas hacen mas
fácil el labor del parto y
detienen las perdidas.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ta} de Paris

LABELONYE y C^{ía}, 39, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD

Con loduro de Hierro inalterable.

ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**
y
Comprimidos
de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES,
UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo
y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante ruido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias medicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energetico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE, DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN